

LA RAZA LATINA

PERIODICO INTERNACIONAL

Se publica en Madrid dos veces al mes, en francés, italiano, portugués y español.

COLABORADORES

Abad y Aparicio (Himario).
Alcalá Galiano (Antonio).
Bathie, ex-ministro de Instrucción pública en France.
Benavides (Antonio).
Campoamor (Ramon).
Camus (Alfredo Adolfo).
Cánovas del Castillo (Antonio).
Carramolino (Juan Martin).
Carrascosa (Pedro).
Castelar (Emilio).
Castro y Serrano (José).
Corfber de Medolheing (A), presidente de la Société des bibliothèques populaires en France.

Dupanloup, évêque d'Orléans, membre de l'Académie française et de l'Assemblée nationale.
Eguren (José Maria).
Fanet (Paul), professeur d'Histoire de la philosophie à la Sorbonne de Paris.
Favre (Jules), membre de l'Académie française et de l'Assemblée nationale.
Franck (A), professeur du Droit des gens (Sorbonne).
Gambetta (Léon), membre de l'Assemblée nationale.
Girardin de, publiciste français.
Giraud, membre de l'Académie des Sciences de Paris.
Hauleville de.
Hartzenbusch (Juan Eugenio).

Hugo (Victor), poète français.
Hurtado (Antonio).
Laboulaye, professeur d'Histoire et de Législation comparée, Collège de France.
Lhoest, écrivain belge.
Llofriu y Sagreda (Eleuterio).
Lopez Serrano (Juan).
Martin (Meliton).
Moraita (Miguel).
Nieto (José Moreno).
Nuñez de Arce (Gaspar).
Parieu de, membre de l'Académie.
Patin, Secrétaire général de l'Académie française.

Rodriguez Sobrino (Matias).
Rodriguez Rubi (Tomás).
Rykens, directeur du Collège épiscopal de Boormande (Limbourg Hollandais).
Sandeau, de l'Académie française.
Torres Muñoz y Luna (Ramon), Membre de l'Académie de Munich.
Valera (Juan).
Valero y Soto (Juan).
Valero Tornos (Alvaro).
Villemessant de.

Fundador y Director: D. Juan Valero de Tornos

SOMMAIRE

REVUE ESPAGNOLE ET ÉTRANGÈRE, par D. Eduardo de Cortázar.—REVUE SUR LES ARTS ET LA LITTÉRATURE CONTEMPORAINE, par Mr. le baron de Privel.—PARTE EDITORIAL.—LETTRES A UN MEMBRE DE L'ACADÉMIE DE SAINTE-CROIX SUR LES ÉTUDES QUI CONVIENNENT A UN HOMME DU MONDE, par Monseigneur Dupanloup.—COLABORACION.—PHILOSOPHIE DU SENS COMMUN, par D. Meliton Martin.—Etude du droit politique.

SUMARIO

REVISTA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA, por D. Eduardo de Cortázar.—REVISTA DE ARTES Y LETRAS CONTEMPORANEAS, por el baron de Privel.—PARTE EDITORIAL.—CARTAS A UN SOCIO DE LA ACADEMIA DE LA SANTA CRUZ SOBRE LOS ESTUDIOS QUE PUEDEN CONVENIR PARA EMPLEAR LOS OCIOS DE UN HOMBRE DE MUNDO, por Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, de la Academia francesa. Segunda carta.—COLABORACION.—FILOSOFIA DEL SENTIDO COMUN, por Don Meliton Martin. TEXTO FRANCÉS, (continuation).—Estudios de Derecho político, (continuation.)

REVISTA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA

Tan en vano seria querer quitar importancia á lo que de suyo la tiene, como desconocer que muchas veces se les dá inconscientemente, y más grande que en realidad parece, á sucesos de escasa significacion.

Dos de los más recientes ocurridos en Francia atestiguan de ello. Haber pretendido negar que es un acontecimiento muy digno de ser tenido en cuenta en el estudio de la política contemporánea, el feliz arribo á su mayor edad en el hijo único del emperador Napoleon III y de Eugenia de Guzman, la emperatriz su esposa, habria sido perfectamente inútil: alardear de rigorismo é intransigencia democrática privando á un político leal de consagrar afectuoso recuerdo de estimacion y respeto al que fué su monarca y su amigo, demuestra de un modo palmario el temor con que en el país vecino ven los aferados sistemáticamente á una idea ó á un sistema de gobierno la posibilidad de cualquier cambio político que pueda destruir el objeto predilecto de sus adoraciones. Y hé ahí cómo la virtud del agradecimiento, tan natural en cualquier alma bien nacida, y manifestada por Mr. Emilio Ollivier en el discurso que habia preparado para su recepcion en la Academia francesa, ha venido á tener la importancia de un acaecimiento político, ocupándose de él la prensa y el público, discutiendo si la Academia ha obrado con oportunidad ó desafortunadamente, dando noticia del párrafo del discurso cuya supresion se pretendia, y ocupándose de todos los demás detalles alusivos al discurso de Mr. Ollivier y de la respuesta á nombre de la corporacion, por Mr. Emilio Augier.

Mi opinion en este punto es clara y terminante: en las corporaciones literarias no deben tener entrada los hombres políticos: admitidos en ellas, deber de estas es sufrir sigilosamente el condigno

castigo oyendo aquello que no quisieran oír, y en la ocasion de que se trata me atrevo á añadir: aquello que no quisieren tener que confesar haber oído sin protesta al ménos.

• •

El discurso de Mr. Ollivier ha despertado la natural curiosidad, y publicado en diferentes periódicos españoles y extranjeros, de él tomo el párrafo debatido, segun le veo en la *Gaceta Internacional* de Bruselas y en el cual hablando de Alfonso de Lamartine, para cuya vacante en la Academia fue elegido Mr. Ollivier, dice así:

«Si Lamartine hubiese conocido mejor al emperador, hubiera apreciado su gran corazon, su gran talento, su espíritu justiciero, la suave magnanimidad de su carácter; si hubiese conocido sus pensamientos, encaminados constantemente al público bienestar y al alivio de los sufrimientos; si hubiese presenciado con cuánta lealtad fundó el emperador y llevó adelante las instituciones de libertad con que dotó á Francia; si lo hubiese visto modesto en la prosperidad, majestuoso en la desgracia, hubiera hecho más todavía que tratarlo con justicia: le hubiera amado de todo corazon.»

Obsérvase que ni las anteriores palabras están inspiradas en un sentimiento exagerado, ni en ellas podia verse causa alguna de conflagracion política en Francia; ni siquiera incentivo para favorecer ideas contrarias al gobierno establecido en la vecina república.

Pero la Academia francesa no creyó prudente que se pudiera decir que en su seno se habia hecho en plena república el elogio del difunto emperador, y no hubo de consentir la lectura de un discurso excelente como critica, bello como trozo literario, rico como sobriedad de imágenes y símiles, que hoy conoce mucho más Europa entera que le habria estudiado sin la prohibicion de su lectura y que ha valido al ex-ministro francés palabras de gratitud muy lisonjeras de parte de la emperatriz Eugenia, sin duda por lo mismo de que siendo noble la tendencia de Ollivier la Academia daba torcida interpretacion á sencillas frases de alabanza á Napoleon III.

Parece que al fin la corporacion conoce su error en cierto modo y ha invitado á Mr. Camilo Ollivier á tomar parte desde luego en los trabajos de la Academia. De suerte que si éste acepta, y publicado por diarios franceses el discurso le conoce todo el mundo y nadie vé en él motivo de repulsa, como hoy sucede, se demostrará lo que he dicho ántes; que á ciertos sucesos se les dá más importancia que en sí tienen, y ahora añadiré que cuando esto sucede, lejos de perjudicar á quien se pretende lastimar, se favorece, por el contrario, la causa misma que se quiere combatir.

• •

El otro suceso que arriba se nombra tiene importancia propia, como se demuestra hasta en los más pequeños detalles.

La afluencia de gentes que se esperaba iria á Chislehurst se evidencia con un detalle que publican los diarios ingleses. Hélo



aquí: hombres-carteles, por así llamarlos, llevaban en Londres días antes del aniversario del natalicio del príncipe imperial anuncios diciendo que según la necesidad que hubiera saldrían cuantos trenes hicieran falta de las estaciones de Charing-Cross de Waterlloo y de London-Bridge para Chislehurst entre diez y doce de la mañana del lunes 16 con carruajes de primera, segunda y tercera clase.

Y la necesidad fué grande, pues sólo franceses llegaron á 6.000 los que quisieron rendir al príncipe imperial y á su augusta madre el homenaje de adhesión y respeto que merecen siempre los inmerecidos infortunios y las desdichas todas.

Después de las misas celebradas el día 16 en la iglesia de Santa María en Campden, donde se veía vacía la silla que ocupaba siempre el emperador, el concurso público fué á depositar coronas y flores sobre la tumba del que fué monarca francés. Los concurrentes llevaban todos ramos de violetas.

El parque que circunda á Campden-House se hallaba lleno de visitantes y curiosos. Terminada la ceremonia religiosa, el duque de Pádua dirigió al joven príncipe un sentido discurso, y el hijo de Napoleón III pronunció otro, acogido con grandes aplausos por la muchedumbre, elogiado sin reserva por diferentes colegas extranjeros y españoles hasta el punto de que los mismos periódicos republicanos de Francia, y *La Liberté* como ellos, han juzgado el discurso del príncipe imperial con tal benévola justicia y desapasionamiento—muy natural cuando se trata de personas inocentes de errores ajenos—que aquel periódico le califica de discreto, celebra que no sea largo, le encuentra impregnado en una verdadera ternura filial y reconoce que en determinadas declaraciones nada deja que desear á los partidarios de la soberanía nacional.

Y es lógico el príncipe; con una humildad se somete á la decisión del pueblo francés, con tanta entereza como talento se presta á ceder en los deseos que pudiera abrigar de ceñir la corona de San Luis, si la nación eligiera cualquier gobierno que no fuese el representado por el joven príncipe, que nadie podrá menos de acallar cualquier sentimiento de antipatía hacia la institución, en gracia á la personalidad simpática que en tal ocasión la representa.

El príncipe imperial á pesar de su mayor edad vuelve á sus estudios en la Academia de Wolwich, donde se propone terminar su carrera de oficial de artillería del ejército inglés.

Entre la concurrencia en Chislehurst veíanse diferentes notabilidades parisienses, y hasta diez y siete diputados de la república; dos de los cuales, que eran alcaldes, parece han sido suspendidos de sus funciones por asistir al acto oficial bonapartista.

El Gobierno francés prohibiendo también por una parte que los oficiales del ejército puedan ir á Inglaterra; suspendiendo á los alcaldes que, en uso de su autonomía personal, acuden donde tienen por conveniente; y la Academia francesa con temores tímidos por el efecto que pudiera producir la lectura del discurso de Ollivier, evidencian que no hay para los pueblos que se revolucionan verdadera causa de sobresalto más que con las restauraciones. ¡Sobresalto bien injustificado, cuando se funda en la posibilidad del gobierno de príncipes aleccionados en la escuela del infortunio y en la experiencia de los reveses!

• •

La Asamblea de Versalles discute el presupuesto francés, leyes de impuesto sobre el aguzar, la sal y otros artículos, y con su discusión han alternado interpelaciones sobre la situación política de Francia.

Mr. Challamel Lacour es quien á nombre de la izquierda toma parte en el debate, y á sus discusiones contéstase en términos que no dejan lugar á dudas. La continuación del Setenado es lo que por ahora prevalece en Francia. También Gambetta dirige sus preguntas, y el duque de Broglie, á nombre del Gobierno hace declaraciones en el indicado sentido que dan lugar á una carta del general Mac-Mahon, aprobando las palabras del duque-ministro.

Hoy deben comenzar las vacaciones que hasta el 12 de Abril ha acordado tener la Asamblea nacional, después de haberse discutido otras varias medidas relativas á los consejos municipales y á las

fortificaciones de París, en cuya discusión se ocupaban según telegramas de hoy.

• •

Después del cambio político-gubernamental ocurrido en Inglaterra la resolución de Gladstone á retirarse de la vida activa era una nueva complicación para el partido liberal; pero vencido el propósito del último presidente del Consejo, y continuando al frente de la oposición parlamentaria en la Cámara de los Comunes, mientras según su petición formulada ante el lord Granville, éste sigue dirigiendo la de la Cámara de los Lores; ya por ahora conjúrase la nueva dificultad que se les presentaba á los *wihgs*. Sin embargo, el remedio no es sino transitorio, porque la salud de Gladstone es delicada, porque necesita reposo, porque le anhela, y pronto el partido liberal tendrá que acudir al marqués de Harlington ó á algún otro diputado de significación é importancia relativa comparada con la que la jefatura de Gladstone dá á las huestes liberales para ser dirigido por uno de aquellos. Su jefe de hoy tiene importancia; pero antes de mucho, el nuevo carecerá de ella.

Algunos días después del cambio de Gobierno tenía lugar en Londres la nueva reunión del Parlamento, leyéndose el discurso inaugural por el lord canciller á nombre de la reina. Ninguna declaración muy importante hay en él, y según el mismo, que se halla inspirado en un espíritu de paz en el exterior y tranquilidad en los dominios ingleses, el temor de los resultados que pueda dar la sequía del verano último en la India inspira serios temores.

En Inglaterra sucede todo lo contrario que en otros países donde el rasgo más distintivo de sus hombres de Estado es perder el tiempo en las más inútiles discusiones políticas, y en lugar de invertir diferentes sesiones en discutir la política del Gobierno, atacar al poder rudamente, defenderse la oposición, censurar á los que fueron Gobierno y defenderse también los que formaron parte de él, en una sola sesión se aprobó el Mensaje de contestación al discurso régio, á pesar de que fueron varios los oradores, el marqués de Lothian, el conde de Cadogan, lord Granville, el duque de Somerset, lord Sebourne, lord Grey que, ya en pro, ya en contra, se ocuparon del discurso en la alta Cámara. En la de los Comunes, á pesar de que los mismos Gladstone y Disraeli, los dos *leader* de los partido liberal y conservador, y otros varios tribunos, que presentaron una enmienda y fué desechada, tomando también parte en la discusión del Mensaje, se aprobó asimismo en una sola sesión. Así se comprende cómo Inglaterra figura en primera línea al frente de las naciones regidas constitucionalmente. ¡Cuánto podrían aprender de la severidad de costumbres políticas inglesas algunos pueblos latinos!

• •

La cuestión religiosa se agita como en Alemania en Austria; y el Concordato de 1856 es enteramente destruido por las leyes que fijan las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El Episcopado católico, en vista de la aprobación que en la Cámara de diputados de Viena han recibido aquellas disposiciones, apela de la decisión del Parlamento y la Santa Sede por una encíclica de 7 del actual comparando las leyes austriacas con las prusianas, aún considera aquellas menos inmoderadas que estas.

Los obispos austriacos, por su parte, han protestado, según nos anuncia el telégrafo. El Papa además ha exhortado al emperador Francisco José, á no causar nuevas y terribles aflicciones á la Santa Sede y á la Iglesia católica, y es natural que las sentidas frases del Padre común de los fieles hallen eco en los sentimientos religiosos del emperador de Austria.

No asentir á lo que Pío IX recomienda al monarca austriaco sería seguir las funestas huellas que la Prusia deja por donde pasa, porque no hay huellas más sentidas, más pesadas que las que en los pueblos como en los particulares dejan las grandes ambiciones y las arrogancias insultantes.

Prusia ha dado una norma en la cuestión religiosa, que el buen sentido del gabinete Auesperg no deberá seguir en manera alguna, y si la enfermedad del príncipe de Bismark se agrava ó una desgracia personal del gran canciller exigiera un cambio de Gobierno

en Prusia, acaso el Austria no tendría tanto que imitar en sentido josefinista.

Con motivo del cumpleaños del emperador Guillermo, que ha entrado en septuagésimo octavo aniversario de su nacimiento, ha habido grandes fiestas en Alemania.

• •

También las hubo en Italia á propósito del vigésimo quinto cumpleaños del reinado del rey Víctor Manuel. Allí había causado favorable impresión el nombramiento del nuevo ministro francés, y aunque según el uso de la corte de Italia la presentación del marqués de Noailles al rey y al Sr. Visconti-Venosta, ministro de Negocios extranjeros había tenido un carácter privado, el recibimiento semi-oficial era muy favorable al ministro de Francia.

• •

Una noticia hemos de dar aún á los lectores de LA RAZA LATINA bien sensible por cierto.

Por el último correo de Oriente sabemos que han estallado nuevas complicaciones entre los cristianos de Jerusalem.

Hará unos tres años que los armenios rehusaron á los latinos el ejercicio del derecho que tenían á decir misa una vez al año en el santuario llamado la casa de Anás y Caifás, cuya posesión habían pasado á ejercerla los armenios por la fuerza de las circunstancias.

No contentos con esto los armenios han comenzado á hacer desaparecer las inscripciones puestas en diferentes tumbas de abisinios y coptos. Y, en fin, y esto es lo más grave, han dado principio á la demolición de una terraza en la que existe un trozo de columna, donde se dice que fué la prisión de Jesús.

Todas las razas, y muy principalmente la latina, están interesadas en impedir tales desafueros, y la demanda entablada ya cerca de las autoridades locales ha sido enérgicamente apoyada por el Consulado de Francia. Creemos que debiera ordenarse al español hiciera otro tanto por su parte.

• •

La extensión con que nos hemos ocupado de algunos sucesos no nos dejará ya el espacio suficiente para ocuparnos de la política ultramarina y sucesos ocurridos en las repúblicas americanas y en nuestras Antillas, en la primera de las cuales debemos esperar favorables resultados con el nombramiento del capitán general D. José de la Concha para su mando superior; y de los graves acontecimientos que hoy están ocurriendo en España.

La atención toda se halla en el Norte: rumores prontamente disipados de crisis: envío de hombres y abundante material de guerra á las inmediaciones de Bilbao: viaje á Somorrostro del general Serrano, después de revestirse de mayores facultades que las que el jefe del gobierno tenía desde los sucesos ocurridos en la madrugada del 3 de Enero en el Palacio de las Cortes: refuerzos nuevamente enviados al Norte: donativos benéficos de las damas españolas para los heridos en la guerra fratricida que presenciábamos con pena y luto en el corazón: encuentros parciales con algunas partidas carlistas por las tropas del gobierno; tal es el resumen de cuanto en estos últimos días ha ofrecido la política española.

La ansiedad grande, el deseo creciente de saber el resultado que produzcan las operaciones y acumulación de fuerzas de la república frente á los atrincheramientos de los carlistas creció de punto el día 25. El fuego se había roto: el presidente del Poder ejecutivo lo participaba así en telegrama oficial: nuevas noticias telegráficas continuaron recibiendo en la noche del 25 y todo el día 26: ayer silencio absoluto; nueva ansiedad: nuevo creciente deseo de saber: la línea estaba cortada y no se tenían nuevos pormenores que añadir á la enumeración de las siempre sensibles bajas por pocas ó muchas que sean.

Hoy, al fin, ha circulado un nuevo parte que en realidad no adelanta noticias mucho más importantes, y Madrid, distraído por la ceremonia verificada hoy para la conducción de los restos mortales del Sr. Olózaga, desde el Palacio legislativo, donde se había depositado á su llegada de Santander, al Cementerio de San Nicolás, ha olvi-

do por algunas horas pensar en quienes acaso en el momento en que escribo estas líneas, están llorando en la hora de la muerte, más que la herida causada por los proyectiles enemigos, la ausencia de la madre amantísima, de la esposa del corazón, de los hijos del alma en los postreros momentos de la vida! ¡De una vida que allá en las inmediaciones de Bilbao, perfumadas por las brisas oceánicas, están perdiendo nuestros hermanos, rotas sus vestiduras, destrozados sus pechos en esa cruel guerra que aniquila al país, destruye nuestras fuerzas productoras, consume los ya mermados recursos de la nación, y el resto de buen nombre que pudiera quedar á la infeliz España!

EDUARDO DE CORTÁZAR.

28 de Marzo.

PARTE EDITORIAL

REVISTA DE ARTES Y LETRAS CONTEMPORÁNEAS.

SUMARIO.—*Introito*.—*Noventa y tres*, novela de Victor Hugo.—Un drama del propio autor.—*Le fils de lui meme*, comedia de Mr. O'Clad.—*Le candadat*, comedia de Mr. Flauvert.—*Giroflé-Girofla*, opereta de Mr. Grevin y música de Lecocq.—*El buen caballero*, drama de García Gutierrez.—*Levantar muertos*, juguete de los Sres. Perez y Perez.—Despedida de Selva en el teatro de la Opera.—Un wals de Klein.—El salon de 1874 en Paris.—Obras de arte españolas, hechas en Roma.—*Pase V. E.*, cuadro de Ferrant.

Del movimiento literario de hoy, como de las manifestaciones artísticas del día, debe ocuparse nuestra Revista con predilección, entre otras razones, porque los pueblos latinos, artistas y literatos por excelencia, no pueden permanecer indiferentes ante los trabajos y las creaciones del arte y de la literatura, y una publicación, por tanto, cual LA RAZA LATINA, ha de enterar á sus benévolos lectores del movimiento literario de hoy y de las manifestaciones artísticas del día.

Así debemos galardonar y honrar la memoria de Cervantes y Petrarca, Salinas y Miguel Angel, Herrera y Poussin, Morales y Camoéns, Mariana y Sanzio, Vega y Alfieri, Rubini y Romea y tantos otros artistas, literatos, historiadores, músicos, poetas, escultores, pintores y dramáticos, como florecieron en Europa y en América.

Conocida la necesidad, desde hoy ocurrimos á satisfacerla, dando cuenta á los lectores de LA RAZA LATINA de las novedades que en el mundo artístico y literario se produzcan con derecho á ser analizadas ó cuando ménos ennumeradas en nuestra Revista.

La proximidad de la Francia exige darla preferencia.

• •

Es privilegio de los hombres notables llamar hácia sus obras la atención del público y de la crítica, con mayor fijeza que la que se emplea en ocuparse de la aparición de cualquier producto ó trabajo más ó ménos imaginativo.

Victor Hugo es un escritor de los que han logrado colocarse al nivel de los que llaman á sí toda la posible atención con sus obras, y no ha de ser ménos que lo fueron las anteriores, la que acaba de dar á luz con el significativo título de *Noventa y tres*, por lo cual justo será decir, con respecto á la misma, algunas líneas críticas.

Noventa y tres ni es la mejor de las producciones de Victor Hugo, ni es la peor creación engendrada en la calenturienta imaginación del novelista.

Obsérvese un fenómeno extraño en Victor Hugo: la juventud suele ser propensa á la populachería y dislates propios de la gente moza, y á medida que los años van trascurriendo las ideas se van moderando, los extravíos se reconocen y hasta se procura no incurrir en ellos.

Victor Hugo, por el contrario, en la edad florida, es decir, cuando el afán inmoderado de libertad hace crear á los noveles escritores los más tremendos libelos demagógicos, escribía su *Han de Islandia*, obra especialísima en que no eran principal objetivo las ideas políticas de su autor; escribía también *Bug-Jargall* otra producción no ménos extraordinaria, pero tampoco de especialidad

política, y su gran *Nuestra Señora de París*, la más acabada, la más perfecta, la más filosófica en mi concepto, de sus novelescas manifestaciones imaginativas.

Luego, al contrario de la generalidad, ha sido y es cuando el novelador ha comenzado á derramar por la redondez de la tierra sus gruesos volúmenes político-sociales que se llaman ya *Los miserables*, ya *Los trabajadores del mar*, ya entre otras obras más, su reciente *Noventa y tres*.

Lo primero que se ocurre inmediatamente es, si puesto que ahora produce el novelista trabajos de los que suelen escribir los jóvenes, se adornan aquellos de las galas y frescura con que éstos atavian sus libros. Y la contestacion tiene que ser dada con distinguos y restricciones.

En *Noventa y tres*, Victor Hugo aparece descriptivo y estilista, digno de la fama y nombradía que justamente tiene adquiridas; pero no es ni aún en esto superior su *Noventa y tres* á las mejores de sus obras, á *Nuestra Señora de París*, en fin; y vuelvo á decirlo, la mejor de sus novelas primeras, la mejor de sus obras antiguas y modernas, pasadas, presentes y por el decrecimiento de mérito que en las más recientes obras se va notando, es de creer que futuras. Aquella, sin embargo, tiene trozos en que la obra languidece notablemente.

El pomposo título de *Noventa y tres*, no conviene á los episodios de la guerra vendeana, base principal que en la trama de la novela se emplea por Victor Hugo. *Noventa y tres* era titulacion propia á un escrito en que apareciesen con vivo color María Antonieta y Carlota Corday, Luis XVI y Laffayette, los más notables girondinos y los energúmenos de la Convencion, los aldeanos de la Vendée y los soldados de la República y aristócratas cien y descamisados más (que Victor Hugo siempre habrá presentado más de éstos que de los otros) ora en lances novelescos, ora en episodios históricos de muchos conocidos y de no pocos censurados y sentidos.

Titular *Noventa y tres* á una obra cuya intriga con relacion á la sangrienta revolucion republicana de fines del pasado siglo es muy limitada, y cuya intriga por otra parte es inferior á otras varias por el mismo autor creadas, ni es justo, ni lógico.

En cuanto á la obra, en conjunto, no hay necesidad de apuntar bellezas para saber que las tiene. Ninguna produccion de Victor puede estar exenta de ellas y en *Noventa y tres* las hay, aunque no más ni mayores que en el resto de sus varias obras literarias.

El mismo escritor ha dado recientemente una lectura de su nuevo drama *Torquemada* ante un pequeño círculo de personas de su intimidad, que serán de las pocas que mientras Dios no disponga de la vida del celebrado escritor conozcan la obra, porque su deseo y su propósito es que aquella permanezca inédita, hasta despues de su muerte.

..

Nombrada una obra teatral de Victor Hugo, nos hallamos ya en el caso de continuar hablando de teatros ántes de tratar de otros asuntos.

Comenzando por los de París deben citarse las últimas novedades, que ninguna ha producido un éxito ruidoso.

A más de alguna piecicita en un acto de escasa importancia de una que otra opereta bufa, la comedia más notable ha sido *Le fils de lui-même*, estrenada en el teatro Déjacet, con general aplauso y aprobacion del público y de la prensa.

Su autor dicese es Mr. O'Clad; pero los que en misterios de bastidores entienden, aseguran que ese apellido es el trasparente pseudónimo ó anagrama de Cadol, nombre tan conocido entre los autores dramáticos franceses contemporáneos de valía.

Antes que la comedia de Mr. O'Clad se habia estrenado otras cuyo éxito no ha sido muy afortunado, y en mi concepto pasó lo que tenia que pasar.

..

El suceso tenia lugar en la noche del 13 de Marzo, dándose á conocer un nuevo autor dramático, Mr. Gustave Flauvert, con la representacion de su primer comedia. Es esta la titulada *Le candi-*

didat. El público del teatro del Vaudeville no podia opinar como el autor. Diremos por qué.

La comedia de Mr. Flauvert, es una comedia política, y sin embargo, sea el talento del autor dramático superior al apasionamiento del hombre público, ó bien sea que el escritor de *Le candidat* haya cabal idea y conciencia del mercantilismo que en política suele predominar, es lo cierto, que por igual son en dicha comedia censuradas todas las escuelas, y tanto se critican los desaciertos de los unos como de los otros hombres públicos á quienes en la comedia se moteja y estigmatiza.

Esa actitud de un autor no puede satisfacer más que á un público compuesto de personas imparciales, y ¿los hay en política?

Por lo demás, los diarios que dan cuenta de su estreno, la señalan defectos como obra dramática, que fuerza es confesar que no son inexactos á juzgar por cuanto de la obra leemos.

..

Un nuevo éxito teatral obtenido por el libro de Mr. Grevin, con música del ya popular maestro Lecocq, con el título de *Giroflé-Girofla*, ha tenido lugar en Bruselas, y dicese que es muy probable, que *Giroflé-Girofla* se ponga en escena en gran número de teatros, como viene sucediendo desde el año anterior con otra opereta bufa del mismo compositor: *La fille de madame Angot*, que lo mismo en Lóndres, que en Bruselas, en París, que en Madrid, en las poblaciones departamentales y en capitales de provincia se representa con éxito y aplauso.

Giroflé-Girofla, titulan á una cancion francesa popularísima, y sabido es que contribuye mucho á los éxitos de las obras dramáticas, que estas se hallen inspiradas en asuntos conocidos para presentar personajes vulgarizados, con frases hechas por así decirlo, y empleando en fin, en la composicion, elementos con que se hallan de antemano familiarizados los diferentes públicos que asisten á los estrenos de obras teatrales.

..

En los teatros de Madrid tampoco se han dado en estos últimos dias obras de verdadero mérito.

El drama del Sr. García Gutierrez, del aplaudido autor de *Simon Bocanegra* y *El trovador*, *Venganza catalana* y *Doña Urraca de Castilla*, que con el título de *El buen caballero* se estrenó en el nuevo teatro de Apolo no ha correspondido á las esperanzas que al público hacia concebir el nombre del autor.

La versificacion vigorosa y robusta de todas sus obras luce en la nueva del Sr. García Gutierrez; pero esta como drama, es muy inferior á otros muchos que han conquistado á su autor el justo renombre de que goza en la literatura contemporánea.

..

En cambio pueden tributarse toda suerte de plácemes y elogios á la graciosa pieza *Levantar muertos*, de que en el teatro de Variedades se dió la primera representacion en la noche del 20 del actual.

Los autores que firman la comedia, los señores Perez y Perez supónese, y no sin algun fundamento, que son dos autores de los más conocidos y aplaudidos por sus obras festivas; y se comprende, porque *Levantar muertos* es una comedia que, si bien adolece de gran inverosimilitud, tiene tal gracia, situaciones tan chistosamente cómicas y frases tan felices y ocurrentes, que asistir á la representacion de *Levantar muertos*, puede asegurarse que es pasar un rato agradabilísimo.

..

No terminaremos la tarea de ocuparnos de los teatros de Madrid sin consagrar un recuerdo al eminente artista D. Antonio Selva, al excelente bajo queridísimo del público madrileño, quién en la noche del sábado último se despedía del teatro, cantando por última vez en nuestra escena lírica, además de escogida música italiana

y francesa, *La despedida*, sentido monólogo en español escrito expresamente para esa función de despedida por el Sr. García y Santisteban, con música del maestro D. Francisco Asenjo Barbieri.

El Sr. Selva ha querido que fuese Madrid, como muestra de gratitud al público que con tanto entusiasmo le aplaudió siempre, donde se presenciase su último triunfo escénico.

Sensible es que cantantes como Selva desaparezcan de la vida artística.

• •

Como noticia musical daré una que ha de alegrar á más de una linda joven y á más de un galán walsista: Klein, el nuevo émulo de Strauss, Waldteufel, Métra y Lanner, el compositor de *Fraises au Champagne* y demás bellas tandas de walses, acaba de publicar otra que titula *Electricity* y á la que dispensan gran atención los inteligentes en el arte de los sonidos.

• •

Todavía hemos de decir algo acerca de algún otro arte. En París está ya habilitando el salón, como allá dicen, de 1874, y se ven en él ya diferentes trabajos de los expositores ménos tardíos en remitir sus obras al público certámen. Entre las que han sido ya presentadas para su colocación, se cuentan lienzos y esculturas de notables artistas. A los primeros pertenecen las que han enviado estos días Breton, Detaille, Bouguerau, Cock, Lazergues, D'Ulmann, Fleury, Heuner, Privat, Brion, Viot-Normand, el célebre Gérôme, etc., etc.

Las esculturas son también bastantes, y como de actualidad artístico-literaria citaré una que confirma lo que ántes he dicho á propósito de la opereta estrenada en Bruselas; una de las esculturas remitidas al salón de 1874, representa á *la fille de madame Angot*.

• •

Los pintores españoles de Roma trabajan activamente. Uno de ellos, Fortuny, está terminando un cuadro que ha vendido ya al editor francés Mr. Goupil, que representa el ensayo de una comedia en un jardín: García Ramos pinta otro que titula *El rosario de la Aurora*, y los hermanos Jimenez, Tapivó, Tusquets, autor del bello lienzo expuesto en la última exhibición celebrada en Madrid y titulado *La opere*: Vallés y Villegas, comparten la tarea de procurar nuevos días de gloria para el arte pictórico, mientras para el de la estatuaría los presentan también allí noblemente Suñol, esculpiendo una estatua del poeta florentino, del autor del *Inferno*, Dante Alighieri, y San Martín, dando la última mano á su Méndez Nuñez, estatua que por encargo del Ayuntamiento de Santiago, ha terminado ya el apreciable artista para ser colocada en la plaza de la Constitución de dicha ciudad.

•

De algunos trabajos más próximos á concluirse ó finalizados en Madrid, nos ocuparemos en la próxima Revista.

Hoy nos limitaremos á tributar el merecido galardón á un lindo cuadrito del Sr. Ferrant, que titula su autor *Pase V. E.*, y representa un lacayo de gran librea blanca y calzon encarnado alzando una cortina para dar paso á alguna excelentísima persona que se supone al lado opuesto de la *portière*. Como composición y dibujo y aun colorido, el cuadro es muy bello y se complace en reconocerlo así

28 de Marzo.

EL BARON DE PRIVEL.

LETTRES

A UN MEMBRE DE L'ACADÉMIE DE SAINTE-CROIX

sur les études qui peuvent convenir aux loisirs d'un homme du monde.

QUATRIÈME LETTRE.

LES LITTÉRATURES MODERNES.

MON CHER AMI:

S'il est vrai, comme je vous l'ai démontré, qu'il y a dans les littératures anciennes, non-seulement pour les hommes de lettres, pour

tout homme du monde, un sujet d'étude d'un très-sérieux et très-haut intérêt; s'il y a autant de charme que de profit à relire ces chefs-d'œuvre de l'esprit humain, ces éternels modèles du grand art d'écrire, les Anciens, assurément, ce n'est pas le seul sujet d'études littéraires dont on puisse occuper ses loisirs, et il va sans dire que la lecture des écrivains de l'antiquité ne doit pas faire négliger la littérature moderne, surtout celle de son pays. Un des avantages même des littératures anciennes, et que je rappelais tout à l'heure, c'est qu'elles aident à l'étude de la nôtre: elles en éclairent les origines et en font connaître les modèles.

Je dis donc, mon cher ami, que notre littérature, et aussi les diverses littératures de l'Europe, dans la mesure où elles sont accessibles à un Français, offrent à un homme du monde une mine inépuisable de lectures variées et d'études attachantes. Pour vous en convaincre et vous inspirer le désir d'en faire l'expérience, il me suffira de passer rapidement en revue sous vos yeux nos grands auteurs d'abord, puis les grands auteurs étrangers, et de vous en signaler les principaux chefs-d'œuvre.

Se présente tout d'abord cette grande époque de notre littérature, qu'un homme du monde, qui a des loisirs, ne peut absolument pas ignorer, et qui, à elle seule, peut suffire pendant de longues années aux études sérieuses que je conseille: notre XVII^e siècle.

Il y a en quatre grands siècles littéraires dans l'histoire du génie humain: le siècle de Périclès, le siècle d'Auguste, le siècle de Léon X, et celui dont la France s'honorera à jamais, le siècle de Louis XIV. Ces siècles représentent le plus haut point de développement la pleine efflorescence de quatre grandes civilisations, la civilisation de la Grèce et de Rome, celle de l'Italie à l'époque de la Renaissance, et celle de la France moderne; le moment où tout à la fois le génie de ces quatre grands peuples atteignait sa maturité, et la langue, instrument du génie, toute sa perfection (1). Je dis que quand un pays a eu l'honneur de donner à l'humanité un de ces siècles, il n'est pas permis aux hommes cultivés de ce pays de rester ignorants des chefs-d'œuvre qui ont valu à leur patrie cette gloire, et de les traiter comme s'ils n'existaient pas. Or, c'est ce qui se voit trop souvent.

Je commence par les poètes. Nous en avons deux au XVII^e siècle, que toutes les nations nous envient, notre *Corneille* et notre *Racine*, ces deux génies à la fois antiques et modernes, ces peintres si profonds des grands côtés du cœur humain. Je dis que voilà des hommes qu'il ne faut pas cesser de relire et d'étudier. Il y a des pages de Corneille et de Racine qu'on croirait écrites d'hier, tant elles sont encore profondément vraies, tant les poètes ont pris la nature et l'humanité dans le vif. Je sais bien qu'on leur a fait un reproche, celui de peindre les Grecs et les Romains un peu comme des Français. Quoi qu'il en soit de ce reproche, qu'il ne me convienne pas de discuter ici, il y a une vérité supérieure encore à celle des mœurs, du costume et du langage, et à laquelle Corneille ni Racine ne manquent pas: Grecs et Romains, francisés ou non, leurs héros restent des hommes, et l'éternelle vérité de ces grands sentiments qui sont le fond de l'âme humaine se retrouve admirablement saisie et exprimée dans leurs vers immortels.

J'insiste donc sur la lecture de nos grands poètes, mais telle qu'elle doit être faite, non pas telle qu'elle se fait trop souvent. Souvent, quand un homme du monde s'ennuie, il ouvre un poète; il en lit curieusement et légèrement quelques pages, parfois celles-là même qu'il devrait rigoureusement s'interdire, et c'est tout. Il y a plus et mieux à faire. Il faut chercher autre chose dans les poètes qu'un amusement frivole ou malsain. La poésie est chose plus sérieuse et meilleure; et si je l'aime, c'est qu'il lui a été donné d'exprimer les grandes pensées et les nobles sentiments dans la plus belle forme du langage humain. C'est à ce point de vue que je conseille de lire les poètes; c'est là ce qu'on doit chercher en eux.

A Corneille et à Racine, il faut joindre *Boileau*, leur ami, et de leur école, très-bien nommé, malgré les lacunes de sa poétique et de sa poésie, le poète de la raison et du goût, qui sait juger et qui sait écrire.

Je ne peux me taire absolument sur *Molière* et j'accorde volon-

(1) C'est dans ce sens que j'adopte cette classification convenue, car je considère, pour ma part, le IV^e siècle, l'âge des grands docteurs chrétiens, comme un siècle aussi riche en génies que quelque époque que ce soit.

tiers que celui qui ne connaît pas l'auteur du *Misanthrope* ne connaît pas tout le génie littéraire du XVII^e siècle; mais un évêque, tout en rendant justice au génie de Molière, ne peut le nommer ici que sous toutes réserves (1). Je ne saurais m'exprimer sur le *Tartuffe* autrement que l'ont fait Bossuet, Fénelon et Bourdaloue. Je dois également m'associer à l'arrêt prononcé par la critique contre quelques pièces qui tiennent plus de la farce que de la comédie, où la licence du langage est extrême, et l'art plus que médiocre.

Nos grands orateurs chrétiens, on les connaît: c'est Bossuet, Fénelon, Bourdaloue, Massillon. Je dis qu'un homme du monde, un homme sérieux, ne peut pas ne pas avoir leurs œuvres dans sa bibliothèque. Bossuet et Fénelon sont presque une bibliothèque à eux seuls. On sait que Bossuet aimait à se réchauffer, comme il disait, au foyer de la Bible et d'Homère. Je connais de grands esprits de notre temps qui aiment à se réchauffer au soleil de Bossuet. — Et certes, je l'ajouterai ici, il est bon, quand les vulgarités de la terre pèsent sur la vie, quand les abaissements contemporains attristent par trop, il est bon de converser quelque temps avec ces hommes illustres, qui transportent en quelque sorte, dans la sérénité, sur les hauteurs, et nous font entendre soudain, là l'accent des grandes âmes. Cependant, on a quelquefois les plus tristes volumes de Voltaire dans son cabinet de travail; on n'a pas Bossuet et Fénelon.

Et ce ne sont pas seulement les sermons de Bossuet, et les rares mais admirables discours de Fénelon, que je conseille; je conseille en général toutes leurs œuvres; mais très-particulièrement leur correspondance, si pleine d'intérêt de tout genre, et si instructive sur toutes les affaires les plus délicates de la Cour, de l'Eglise, de l'Etat, et sur les grandes familles de ce temps-là. Si on veut connaître la grande aristocratie française du XVII^e siècle, c'est dans de telles correspondances qu'on la verra de près, dans la vérité, et sans amertume. Il nous reste huit volumes des lettres de Bossuet, et douze de celles de Fénelon; voilà certes de quoi occuper de la manière la plus utile et la plus agréable les loisirs d'un homme de monde. Je ne veux pas oublier de dire que deux ouvrages indispensables à celui qui veut lire Bossuet et Fénelon, sont leurs deux grandes et belles biographies, par le cardinal de Bausset; la dernière est un chef-d'œuvre. L'excellente *Histoire littéraire de Fénelon* par M. l'abbé Gosselin, où se trouvent traitées et resumées toutes les plus importantes controverses du XVII^e siècle; les volumes de M. Floquet sur Bossuet, sont aussi de précieux secours, et de très-curieuses histoires.

Je nommerai ailleurs, quand je parlerai des moralistes, La Rochefoucauld, La Bruyère, le chancelier d'Aguesseau, Pascal, Nicole.

Mais je ne veux pas oublier ici *La Fontaine*, j'entends celui des fables, ni Mme. de Sévigné: La Fontaine, ce génie si original, si français, inimitable, qui, sous cette forme légère des fables, sait dire de si bonnes vérités et d'une façon si charmante, et apprend à connaître les hommes; Mme de Sévigné, cette femme spirituelle, cette mère si tendre, une des plus nobles et des plus gracieuses expressions de l'esprit français au XVIII^e siècle.

Vous n'êtes peut-être pas encore un esprit assez sérieux pour étudier à fond Bossuet, Bourdaloue, Fénelon; eh bien! lisez au moins, dans la savante édition de M. de Montmerqué ou de M. Reignier lisez les lettres de Mme. de Sévigné, et vous pourrez vous donner là, et pour longtemps, le plus charmant plaisir d'esprit: vous verrez passer là, sous vos yeux, le XVIII^e siècle, toutes les figures intéressantes de cette époque, peintes au vif et finement jugées. Je ne serais même par surpris que cette attrayante lecture ne vous engageât encore plus loin, et ne vous amenât, en piquant au vif votre curiosité, à pousser plus à fond cette étude sur le XVII^e siècle: rien ne serait meilleur assurément. — Je ne puis, en vérité, me défendre ici d'un étonnement: combien de jeunes gens, d'hommes du monde, qui s'ennuient et ne savent que faire, et n'ont pas même à lire cette charmante et si instructive correspondance! Eh bien! croyez moi,

(1) On ne peut oublier que Bossuet a flétri expressément «les impiétés et le »in'amies dont sont pleines les comédies de Molière.» Fénelon reconnaît en Molière «un grand poète comique»; mais il lui reproche avec justice sa licence et «le tour gracieux qu'il donne au vice.» Et il ajoute: «Je soutiens que Platon et »les autres législateurs de l'antiquité pa'enne n'auraient jamais admis dans »leur république un tel jeu sur les mœurs.»

prenez-la, et vous verrez bientôt qu'il ya quelque chose même de plus agréable à faire en ce monde que de passer son temps à la chasse au club, au cercle, et en tilbury.

Avec la correspondance de Mme de Sévigné, j'indiquerai aussi les écrits de Mme de Maintenon, publiés en dix volumes par M. Théophile Lavallée, et sa correspondance, moins fine, moins gracieuse moins spirituelle peut-être, mais plus grave, plus solide, et singulièrement instructive pour les choses de l'âme et de la famille. J'ai lu et du lire tout ce qui a été écrit sur l'éducation par les plus grands esprits, et si j'excepte l'*Éducation des filles* de Fénelon, je n'ai rien rencontré qui approche de tout ce que Mme de Maintenon a écrit sur ce sujet. Ses dix volumes publiés par M. Lavallée devraient être dans la bibliothèque de tous les pères et de toutes les mères de famille. On ne connaît pas Mme de Maintenon quand on ne connaît pas ces volumes-là, et il est impossible de connaître à fond cette femme supérieure sans l'estimer et sans l'admirer (1).

Bien inférieur au XVII^e siècle, de tous points, est le siècle suivant, siècle bien mêlé, bien coupable devant l'histoire.

Malgré ses prétentions à la philosophie et son goût pour les choses de l'esprit, il est beaucoup moins littéraire et moins philosophique que le XVII^e siècle. Je n'entends pas nier ses progrès dans les sciences exactes; mais dans les lettres, quatre noms, sans plus, surnagent sur la foule des médiocrités dont ce siècle fut fécond, et qu'on peut aujourd'hui négliger sans dommage: ces quatre noms, qui résument ce siècle, c'est Montesquieu, Voltaire, Rousseau et Buffon.

Montesquieu, rare esprit assurément, et grand écrivain, celui peut-être des hommes de son temps dont la langue se rapproche le plus de la langue du XVII^e siècle; mais il a eu des torts de premier ordre, qui commandent, à son endroit, bien des sévérités et des réserves.

Les *Lettres persanes*, ouvrage de sa jeunesse, portent le caractère à la fois frivole, licencieux et impie de la Régence; elles ne peuvent être lues par quiconque a un juste souci de la religion et des mœurs. Certes, les grands seigneurs et les magistrats, qui jouaient ainsi avec ce qu'il y a de plus saint sur la terre, la religion et les mœurs, oubliaient trop qu'on ne s'attaque pas impunément à ces deux bases de l'ordre social, et ne prévoyaient pas assez, à la suite de leurs éclats de rire et de leurs joyeux propos, les éclats de cette tempête qui devait emporter à la fin du siècle toute cette société sceptique et corrompue. Pour moi, je ne pardonne pas à Montesquieu la honte des *Lettres persanes*, et des légèretés philosophiques qui déparent trop souvent l'*Esprit des Lois*, précisément parce qu'il était magistrat. Mais les *Considérations sur la grandeur et la décadence des Romains* sont l'ouvrage d'un génie sérieux, et dans l'*Esprit des Lois*, il faut le dire, le grand publiciste s'est souvent aussi séparé de son temps par les hommages qu'il rend à l'influence sociale du christianisme qu'il avait raillé dans sa jeunesse légère.

Certes, c'est avec bien plus de sévérité encore, on le conçoit, que je parlerai ici de Voltaire. Qu'on vante sa fécondité et sa souplesse, son esprit et son style si français, soit. Mais Voltaire est nul comme philosophe, sans autorité comme critique et historien, arriéré comme savant, percé à jour dans sa vie privée, et déconsidéré par l'orgueil, la méchanceté, et les petitesse de son âme et de son caractère. Il reste poète parlant souvent une langue médiocre, et substituant la rhétorique au sentiment, mais parfois aussi plein de verve et d'éclat; surtout écrivain clair, net, rapide, et maniant supérieurement deux armes redoutables, le sophisme et le sarcasme, qui lui donnent encore tant de prise sur la foule des esprits légers: et il faut bien parler aussi de l'odieuse licence de ses écrits, en laquelle trop de gens, même graves, se complaisent souvent, et la flétrir comme elle le mérite. Je viens de relire quelques articles de son *Dictionnaire philosophique*: j'ai vu là, avec la dernière évidence, combien la lecture d'un tel homme est dangereuse, je ne dis pas seulement pour la foi des esprits qui ne seraient pas assez chrétiens, assez philosophes, assez sûrs d'eux-mêmes, mais je dis dangereuse même pour la rectitude du jugement, et pour le bon sens. Je dis que de telles lectures sont malsaines et mauvaises

(1) Je n'indique pas ici les nombreux mémoires du XVIII^e siècle; ils sont connus. Parmi eux, néanmoins, je recommande particulièrement ceux de Mme. de Motteville. (Édition de l'abbé Cognat.)

au premier chef: pour la gravité des mœurs en même temps que pour la droiture de l'esprit; elles désapprennent la réflexion et la bonne foi; elles accoutument à se laisser tromper et à y trouver plaisir; elles habituent à rire de tout ce qui est respectable et sacré parmi les hommes (1).

Cela dit sur Voltaire, volontiers j'accorderai qu'un chrétien qui vit dans le monde peut connaître de Voltaire autre chose que son nom et la malfaisante influence de son génie; par exemple, la partie saine de son théâtre, au risque de trouver souvent là même un étalage fastidieux de fausses maximes philosophiques, mêlées à de vraies beautés dramatiques, et une longue suite de tragédies médiocres venant après sept ou huit dignes de plus ou moins d'admiration. *L'Histoire de Charles XII* et le *Siècle de Louis XIV* sont remarquables, plutôt pour les qualités du style que pour leur valeur historique, et malgré les reproches graves qu'il y a d'ailleurs à faire à ces deux ouvrages. Mais je n'indique, pour ma part, à ceux pour lesquels j'écris ici, rien autre chose dans le volumineux recueil des œuvres de Voltaire.

J'aurai la même réserve pour *Rousseau*; bien qu'il soit en apparence moins licencieux que Voltaire, et même en supposant que sa sophistique éloquence soit aujourd'hui moins contagieuse pour les esprits qu'elle ne l'a été de son temps, je ne saurais en permettre la lecture. J'ai dû, il y a quinze ans, lorsque je préparais mes livres sur l'éducation, lire l'*Emile* de Rousseau. Je n'ai pu l'achever; et ce n'est pas tant le dégoût de l'irrégularité et de l'immoralité, c'est le dégoût du sophisme perpétuel qui me fit tomber le livre des mains. Il m'en est resté un sentiment de profonde pitié pour ceux qui se nourrissent de telles lectures: il est presque impossible, je ne dis pas seulement que leur foi, mais que leur bon sens n'y périsse pas. Rien n'est plus fait pour surprendre les esprits, égarer et perdre les cœurs qui ne sont pas assez sur leurs gardes, ni assez forts d'ailleurs pour démêler ce perpétuel mélange de faux et de vrai dans les raisonnements et les sophismes de celui qu'on a nommé le Philosophe de Genève.

Buffon n'est pas cette école, et sans croire l'auteur des *Époques de la nature* et de l'*Histoire naturelle* un puissant philosophe, sans dissimuler non plus les justes critiques qu'on a faites à sa manière, un peu emphatique et solennelle, je n'en considère pas moins *Buffon* comme un grand écrivain, et nullement inférieur à *Rousseau*. Tout le monde sait que *Buffon*, dans son système cosmogonique, condamné d'ailleurs par la science, s'est livré à des hypothèses téméraires, en contradiction avec la *Genèse*; mais du moins, il ne nie pas la création, comme l'école positiviste et athée de nos jours, et dans son *Histoire des animaux*, titre principal de sa gloire, le nom du Créateur est toujours prononcé avec respect (2).

(1) Qu'on me permette, à ce propos, de dire ma pensée sur une légèreté inadmissible en ce qui concerne les bibliothèques, sur une négligence véritablement intolérable, et dont quelques personnes n'ont pas même l'air de sentir la gravité. Il y a, dans des maisons même chrétiennes, où se trouvent, où on reçoit des jeunes gens, des jeunes personnes, il y a des bibliothèques nullement fermées, accessibles à tous, même aux enfants, aux domestiques, et où on laisse sans scrupule les livres les plus dangereux. Il pourrait suffire d'une page de ces livres pour empoisonner à jamais un jeune esprit, un jeune cœur: et on laisse ces livres sous la main de tous. Une telle habitude, qui nous vient d'un autre siècle, est absolument inconcevable dans des maisons chrétiennes. On ne peut pas oublier plus étrangement cette maxime antique: *Maxima debetur puero reverentia*. J'en dis autant de ces salons où on laisse, sans scrupule aucun, sur les tables, les plus mauvais journaux et les plus mauvais romans. Que si quelquefois, dans une grande et savante bibliothèque on peut, pour des motifs sérieux, et avec les autorisations nécessaires, conserver une place à certains livres, il est évident que ce doit être en un lieu spécial, absolument réservé, et que ces livres doivent être là, renfermés et sous clé.

(2) *Buffon* a fait, dans une lettre à la Sorbonne, la déclaration suivante:

« Je déclare :

« 1.^o Que je n'ai eu aucune intention de contredire le texte de l'Écriture; que je crois très-fortement tout ce qui y est rapporté sur la création, soit pour l'ordre des temps, soit pour les circonstances des faits...

« 2.^o Que les objets de notre foi sont très-certains sans être évidents; et que Dieu qui les a révélés, et que la raison même m'apprend ne pouvoir me tromper, m'en garantit la vérité et la certitude; que ces objets sont pour moi des vérités de premier ordre, soit qu'ils regardent le dogme, soit qu'ils regardent la pratique dans la morale. » (*BUFFON, Réponse à la Faculté de théologie, t. V. Paris, 1769.*)

Que vous dirai-je enfin, mon cher ami, de la littérature contemporaine? Assurément, il faut la connaître; mais là surtout, pour des raisons et des délicatesses de tout genre, je dois faire, je fais des réserves. Certes, je ne suis pas de ceux qui accusent et dénigrent leur siècle; je ne crois pas, il s'en faut, le XIX^e, siècle égal au XVII^e; mais je le crois supérieur au XVIII^e, en tout à peu près: éloquence, poésie, philosophie, histoire, industrie et science. Les noms célèbres, mes lecteurs les prononcent ici d'eux-mêmes. D'ailleurs, le cours de ces lettres, surtout quand je traiterai de la *philosophie* et de l'*histoire*, qui sont les branches de la littérature que notre siècle a peut-être le plus travaillées, m'amènera à prononcer plus d'un nom illustre parmi nos écrivains encore vivants. Mais, outre les délicatesses spéciales qu'il y aurait à parler des contemporains, les productions médiocres ou funestes abondent tellement dans ce siècle mêlé, que je me sens plutôt porté à mettre en garde contre toute cette littérature vaine et corruptrice qui fait tort à la grande littérature de notre temps, et qui règne surtout au théâtre, dans le roman et le feuilleton. Malheureusement, à côté des grands écrivains qui gardent encore parmi nous le culte des lettres, et dont les travaux sont illustres en France et en Europe, il y a les scribes, qui font de la littérature un métier. Mais je puis du moins parler des morts, et nommer ici, pour ne citer que les sommités: MM. de *Maistre* et de *Bonald*, tous deux esprits très-divers, mais écrivains supérieurs: M. de *Maistre*, génie original et vigoureux; M. de *Bonald*, surtout dans la philosophie morale, éminent aussi. Je nommerai même, à cause de son chef-d'œuvre sur Fénelon, M. de *Bausset*; puis M. de *Chateaubriand*, avec des réserves qui n'amoindissent pas l'admiration et la reconnaissance qu'il inspire à tout cœur fait pour aimer la vérité, la religion et la gloire de la France; l'infortuné *Lamennais* lui-même, pour quelques-uns de ses ouvrages; *Ozanam*, le P. *Lacordaire*, etc.

Notre littérature, à quelque époque qu'on la prenne, offre donc des sujets d'étude qui ne laissent vraiment aux personnes tant soit peu désireuses de travail intellectuel que l'embarras de choisir.

Mais avant de quitter ce sujet, je voudrais exprimer un regret. J'ai commencé mes indications au XVII^e siècle. En effet, ceux pour lesquels j'écris ces pages n'ont aucune objection possible à faire contre cette époque et les grands génies qu'elle a produits, et ils sont bien forcés de convenir que leurs répugnances pour l'étude et la lecture sérieuse sont absolument inadmissibles et tout à fait condamnables, quand on leur montre ce qu'ils auraient là, sous la main, de livres de premier ordre à étudier.

Si je n'adressais pas surtout mes conseils aux jeunes gens, aux hommes du monde, qui ont des loisirs et ne savent pas les employer, et si, par conséquent, je ne voulais pas, dans ses indications, m'en tenir aux grands auteurs, à ceux que le génie français avouera éternellement pour ses représentants, je ne négligerais certes pas, mon cher ami, les époques antérieures de notre littérature, et ne passerais pas entièrement sous silence ni les écrivains du seizième siècle, ni surtout, remontant plus haut dans le moyen âge et aux origines de notre langue, notre épopée nationale, la *Chanson de Roland*, remise en lumière par l'érudition contemporaine (Genin et Francisque Michel), et dont M. Vitet a donné, il y a dix ans, une analyse et une demi-traduction de tout beauté. Aucun chrétien, aucun Français ne devrait ignorer cette page admirable, inspirée par le génie robuste et pur du catholicisme de l'époque féodale. Les ténèbres qui l'ont précédée et suivie la font resplendir d'une lumière d'autant plus éclatante. — Il y a sans doute d'autres perles à découvrir et à remettre en lumière dans l'océan des *chansons de gestes* et des grands poèmes des trouvères, poèmes sans doute bien mélangés; mais il leur a manqué jusqu'à présent une main habile et autorisée pour y faire un choix convenable et les présenter en français moderne au lecteur contemporain, comme l'ont fait M. Vitet pour la *Chanson de Roland*, et aussi, je crois, M. Fauriel pour Gérard de Roussillon.

Enfin, si l'on veut étendre tant soit peu ses études littéraires, il est difficile de ne pas se sentir attiré aussi par les langues et les littératures étrangères.

Vous me demandez un bon emploi de votre temps? Eh bien! en voici un excellent: apprenez une langue étrangère, soit l'anglais, soit l'allemand, ces deux langues si usuelles. L'anglais et l'alle-

mand vous paraissent-ils trop difficiles? Apprenez l'italien, l'espagnol. Quelqu'un a dit:

«Un homme qui ne sait que sa langue ne vaut qu'un homme. Un homme qui sait deux langues en vaut deux.» Rien n'est plus vrai. Et pour mon compte, une chose qui m'a toujours étonné, c'est de voir des personnes qui se plaignent de n'avoir rien à faire, et auxquelles il ne vient pas même en pensée d'apprendre une de ces langues vivantes, qui pourraient leur être d'une si grande utilité, soit pour leurs voyages, soit pour leurs relations, soit pour leurs lectures.

Une langue vivante que l'on apprend, c'est tout une littérature que l'on s'ouvre. Il y a chez nos voisins d'Allemagne, d'Angleterre et d'Italie, — pour ne parler que de ces trois nations, des génies et des chefs-d'œuvre qu'un homme cultivé ne peut pas ignorer aujourd'hui. Autrefois, peut-être, on pouvait se renfermer dans l'antiquité et dans son pays; aujourd'hui, les grandes œuvres des auteurs étrangers ont été tellement popularisées, qu'on passerait à bon droit pour un homme de peu de littérature, si on ne connaissait pas quelques-unes au moins des plus renommées. Et je dirai de ces chefs-d'œuvre de littérature étrangère ce que j'ai dit des chefs-d'œuvre de la Grèce et de Rome: heureux qui les peut lire dans leur langue! Mais au moins faut-il les lire dans de bonnes traductions, et il en existe pour tous ceux que je vais nommer ici.

J'indiquerai d'abord les trois grandes épopées chrétiennes de *Dante*, de *Milton* et du *Tasse*: *Dante*, le grand poète catholique, qui a su mettre dans son étrange *Divine Comédie* tant de doctrine, de profondeur, de passion, avec une inspiration si forte, et ce vol d'aigle qui plane toujours de si haut, et cette langue si harmonieuse et si savante; *Milton*, ce fier génie, à la fois si sombre et si gracieux; le *Tasse*, qui colore d'un si vif reflet ses figures chevaleresques et chrétiennes.

J'indiquerai aussi, pour les personnes d'un âge mûr surtout, le drame chrétien, personnifié dans *Calderon*, l'un des génies les plus extraordinaires qui aient vécu, sans toutefois apprécier ni recommander tout son théâtre; — puis le drame non chrétien, mais aussi non anti-chrétien, le drame de la vie et de la nature humaine, personnifié par *Shakespeare*, génie encore plus extraordinaire que *Calderon*, beaucoup moins orthodoxe, mais que M. Rio, dans un très-intéressant volume, qui n'apprend pas tout sur *Shakespeare* sans doute, mais qui apprend beaucoup, a revendiqué, avec de très-grandes apparences de raison, pour la foi catholique qu'il n'a jamais attaquée, et qu'il a souvent honorée et traduite dans ses œuvres.

Toutefois, je le répète, je ne puis conseiller non plus tout *Shakespeare* à tout le monde: il y a tel esprit léger, tel jeune homme, je le dis hautement, à qui cette lecture, par sa faute non moins que par la faute du livre, serait mortelle. On connaît sur cet auteur le mot d'un critique, son compatriote: «Il a des crudités de langage à faire rougir un matelot anglais.» Je dois donc encore le déclarer: je n'adresse ici ces indications qu'aux esprits vraiment graves, qui voudraient étudier la littérature avec cette pureté et cette sévérité de pensée nécessaires à quiconque prend en main des pièces de théâtre, même les plus morales.

C'est dans ce sens, et avec de plus grandes réserves encore, que je nomme ici le célèbre poète allemand *Goethe*, et aussi *Schiller*.

Voilà donc les principaux chefs-d'œuvre de l'esprit humain, les génies, les maîtres. Je l'ai dit, et je le répète encore: tous n'ont pas été toujours des maîtres de vérité et de vertu. Aussi, en est-il, parmi ceux que j'ai nommés, pour lesquels j'ai recommandé un choix et des précautions sévères. Mais quand on ne lit que les chefs-d'œuvre, et dans ces chefs-d'œuvre les pages belles et pures, et qu'on n'oublie pas de se tenir à une certaine élévation de pensée et de sentiment, alors les émotions, à moins qu'on ne soit corrompu, ne peuvent être que bonnes et salutaires. C'est le privilège des hommes qui pensent avec grandeur, sentent avec noblesse, et savent donner à leurs pensées et à leurs sentiments la forme du grand langage, d'élever l'esprit et l'âme au-dessus de la vulgarité commune. Et voilà pourquoi je recommande tant, pour ma part, aux hommes du monde, les bonnes et fortes études littéraires: l'âme s'y élève, s'y épure et s'y ennoblit. Il est d'expérience que de telles études sont un des meilleurs remèdes contre l'oisiveté, et qu'elles dégoutent des lectures malsaines.

(à suivre.)

CARTAS

À UN SOCIO DE LA ACADEMIA DE LA SANTA CRUZ

sobre los estudios que pueden convenir para emplear los ocios de un hombre de mundo.

SEGUNDA CARTA.

CONSEJOS PRÁCTICOS Y GENERALES SOBRE LOS ESTUDIOS POSIBLES
A UN HOMBRE DE MUNDO.

Mi querido amigo:

Yo os he enumerado en mi primera carta cuántas personas no trabajan ó trabajan poco en el mundo y en las diversas carreras sociales, y cuántas podrían y deberían trabajar más.

Pero para ser justo, debo añadir amigo mio, que no siempre falta la buena voluntad, ni el deseo de trabajar y de hacer algo. No puede negarse que con las distracciones inevitables de la vida del mundo, y en el aislamiento que en él existe ordinariamente para el trabajo, se encuentran grandes dificultades para dedicarse á estudios serios y bien dirigidos, pero dificultades mucho menores sin embargo de lo que se cree; lo que vamos á exponer lo demostrará satisfactoriamente.

¿Qué es lo que en el mundo detiene desde luego á todo aquel que quiere dedicarse seriamente á trabajar? Quo con frecuencia carece de un estímulo poderoso, de un fin inmediato y sobre todo, y esto importa más, de buen plan y método.

Ni áun sabe algunas veces lo que es preciso estudiar, ni los libros que podría leer, y todavía ménos la manera de leer y de estudiar con fruto.

Trabajar de este modo, solo y sin guía, tranquilamente y con constancia, no esterilizando sus estudios y ensayos, sino sujetándolos á un plan que coordine y dé unidad á todos los esfuerzos, á un método que haga provechosa la lectura, hé aquí lo difícil, hé aquí lo que aún la buena voluntad no puede conseguir. ¡Cuántas veces he recibido tristes confidencias sobre este punto! Cuántos jóvenes y hombres ya maduros, han venido á mí y me han dicho con tristeza: «¿Quereis que trabaje! pero ¿qué haré? ¿trabajar! ¿y cómo? ¿Con qué plan, con qué método, en qué libros?»

Mucho tiempo hace que preocupado con la idea de ayudar este buen deseo, y entristecido al ver tantos talentos perdidos, tantas vidas inútiles, tenía el ánimo de dar á conocer algunos de mis pensamientos respecto á los estudios que convienen para emplear sus ocios á un hombre de mundo, y áun traté de formar un plan, un método fácil y práctico para cada ramo de estos estudios. Con este mismo objeto sabeis, querido amigo, que he fundado en Orleans, al lado de las que ya existían, una nueva sociedad literaria, vuestra Academia de la Santa Cruz. Yo os decía á vosotros y á los hombres serios y estudiosos como vosotros: «Os quejais de estar aislados, pues bien, aproximados, formad un centro que os una, un hogar que os caliente, una sociedad de amigos y de émulos, en que trabaje cada uno segun su gusto y sus aptitudes, comunicándose los trabajos en reuniones periódicas y sometiéndolos á una crítica mútua y benévola.»

Me pareció que este era un medio excelente y fácil de sacar las inteligencias del aislamiento que paraliza, excitarlas mutuamente y crear en una ciudad donde existían tantos elementos para una sociedad de este género; un activo germen de estudio, una noble y fecunda emulación para serios trabajos literarios.

Pero no esto todo, amigo mio, para el hombre que quiere estudiar, siempre he creído que lo necesario ante todo es un plan de estudio, un buen método de trabajo, y por aquí se debe empezar. «Lo esencial, decía á su hijo el canciller d'Aguesseau, es formaros desde luego un plan general de los estudios que estais en el caso de emprender, que sigais este plan con orden y fidelidad, y sobre todo que no os asustéis por su extension. No es esta la obra de un día ni áun de un año; pero por largo que pueda ser, si sois exacto en ejecutar todos los días una parte, os sucederá como á aquellos que siguen siempre un buen plan en los trabajos que hacen, sin variar jamás; como no pierden tiempo hacen productivo todo el capital empleado. Insensiblemente el edificio se eleva, las obras adelantan,

y por lento que sea el progreso se llega siempre al fin propuesto, dado que se marche constantemente en la misma línea y que no se pierda jamás de vista el plan una vez trazado.»

Estas palabras d' Aguesseau están llenas de buen sentido, es evidente que nada se puede hacer cuando faltan orden y método; constancia y paciencia en los trabajos; pero *marchar constantemente en la misma línea y no perder de vista jamás el plan de antemano trazado*, este valor y esta perseverancia conducen á buen término los estudios como todo.

No de otro modo se llevan á cabo las grandes obras, este es su secreto en cualquier orden de ideas. Se ha dicho que el genio no es sino una paciencia á toda prueba, pero lo que sí es incontestable es que esta es necesaria al genio; el talento sin un trabajo perseverante, padrá elevarse algo, pero no llegará jamás á brillar de un modo verdadero y permanente. Por el contrario, lo que puede realizarse marchando constantemente hacia el mismo objeto, dando cada día un paso en la misma senda, es increíble.

Comprendida la necesidad de un plan de estudio, se nos presenta la siguiente cuestión: ¿Cuál será este plan de estudio?

El campo es extenso ciertamente, puede más bien decirse que no tiene límites: la Literatura, la Historia, la Filosofía, el Derecho, la Estética, las Artes, la Arqueología, las Ciencias, y sobre todo la Religión, son bellos estudios, interesantísimos para todo hombre que aspire á una exquisita cultura de espíritu.

Pero ántes de exponer detalladamente mi opinion respecto á cada uno de estos vastísimos asuntos de estudio, debo hacer algunas observaciones generales.

1.º En primer lugar no vayais á exclamar y decir: «¡Pero qué! ¡Todo esto se ha estudiar? ¡Esto es inmenso, y la vida de un hombre no bastaría!» No queráis comprenderlo mal, yo no pretendo en manera alguna que sea necesario á cada uno consagrarse á todos estos estudios á la vez y elevarse en ellos á la misma altura, porque sería imposible.

Precisamente esta multiplicidad de estudios, entre los cuales no aciertan á elegir, detiene á muchos, ó anula sus esfuerzos, desuniéndolos; no saben qué camino tomar, vacilan, titubean, vuelven sobre sus pasos, y finalmente caen en el desaliento.

Presentando á vuestra vista, amigo mio, y á la de todos aquellos que tengan gusto en leerme, esta variedad de estudios posibles, una sola idea me ha guiado; que entre todos ellos cada uno escoja los más adecuados á su inteligencia y más en armonía con sus estudios anteriores, en una palabra, aquellos para los que se encuentra con más inclinación y actitud. «Pero, se me dirá tal vez, «yo carezco de afición decidida á ningún estudio, yo no tengo especialidad.» «Os equivocáis, responderé, cada uno tiene sus aptitudes propias, y las vuestras, latentes acaso, ignoradas de vosotros mismos, existen, sin embargo, y el trabajo y un estudio constante y serio os las mostrarán prontamente.» ¡A cuántas especialidades, perdidas en el olvido y la ignorancia de sí mismas ha dado vida el estudio! Después de algun tiempo de trabajo, penoso quizá al principio, infructuoso en apariencia, sin atractivo, sin encanto, ábrense repentinamente grandes horizontes al pensamiento, una afición se despierta en el alma; se ha descubierto á sí mismo, conoce la vocación de su espíritu. Yo me expreso así con intención; frecuentemente para que un hombre se dé á conocer en todo lo que vale, basta hacerle encontrar lo que yo llamo la vocación de su espíritu.

Yo me limito, pues, á ofrecer aquí, según la diversidad de las inteligencias, diferentes ramos de estudio; no pretendo imponerlos todos á cada uno, y excepto la Religión, cuyo estudio para todos es necesario, deseo únicamente inclinar á cada uno á lo que sea más de su gusto, que cada uno siga su camino.

2.º Pero lo que yo aconsejo sin vacilar un momento y á todos sin excepcion, que no es de gran trabajo y sí de gran utilidad, es repasar lo que ya se ha visto, volver á estudiar lo que ya se ha aprendido, continuar lo que se ha empezado. Habeis pasado largos años estudiando las lenguas antiguas ó modernas, la historia, la geografía ó las ciencias.—¡Ah! poco tiempo ha sido suficiente para arrebatarnos una parte de lo que laboriosamente habíais aprendido. ¡Se olvidan tan pronto los hechos, los detalles, la verdadera ciencia! La verdad es que todo desaparece y se pierde, sólo una cosa queda, el talento, la fuerza adquirida para el estudio, el gusto, el estilo,

la verdadera forma literaria. Ahora bien, yo no quisiera que se dejara perder así nada de lo que se ha poseído, yo quisiera que se comenzara por repasar, bajo un punto de vista superior, los estudios que ya se han seguido. «¿Habeis estudiado humanidades? diré á un jóven que quiere ocuparse ya de trabajos útiles, no importa, volved á ellas; ménos difícil de lo que creéis será este segundo estudio: y con cuánto fruto y encanto repasaréis estos autores antiguos, estos ilustres genios y cuántas cosas admirareis en ellos que acaso jamás habríais sospechado, al volver á estudiarlos instruido, ilustrado por la edad, no por fragmentos, sino en su conjunto, y como hombre, no como niño!»

De todos los consejos que yo deseo dar aquí, este es acaso el más útil y á la vez el más fácil de seguir; por sí solo bastaría para conseguir el fin que propongo, ocupar con honor y provecho los ocios de un hombre de mundo, y hacerle tener una distincion de espíritu poco comun seguramente.

3.º Añadiré tambien como consejo de indispensable utilidad para todo el que quiera sujetar su vida á un trabajo sério, dedicándose á estudios provechosos, que es preciso, ante todo, saber leer; es más raro de lo que parece saber leer, es decir, que la lectura sea un estudio útil y agradable; leer distraídamente de nada sirve, leer con atención, es lo que puede dar algun fruto, leer, y no sólo lo que es preciso, continuadamente hasta el fin, terminando un libro cuando se ha empezado, sino leer despacio, sin precipitación, alimentándose de la lectura: *Ita ut quod legeret, in succum sanguinemque suum convertisse videretur*, que dice un escritor antiguo.

La verdadera lectura es la que hace que hagamos nuestro, por decirlo así, lo que leemos.

Pero para esto es preciso reflexionar al leer, y siempre reasumir la lectura, dándose cuenta exacta de ella, de tal manera, que después de haber leído un libro se posea; por consiguiente es preciso leer *con la pluma en la mano*, tener la costumbre de redactar y anotar sus reflexiones, para fijarlas con precision, todo lo demás es vago y se desvanece.

Tambien deben hacerse extractos, que puedan consultarse en caso de necesidad.

Hé aquí lo que yo entiendo por saber leer, y hé aquí lo que no es general. Como decia Mr. de Talleyrand, agrada más leer perezosamente que escribir, admirar en una ú otra forma lo verdadero, lo bello, lo grande, que trabajar sobre la lectura, aplicar enérgicamente á ella su inteligencia, apreciar el valor de lo que se ha leído, y apropiárselo por un juicio firme y definitivo. Nada más contrario al desarrollo de la inteligencia, que tal disposición.

Con la actividad y el trabajo sobre sí mismo progresa y se fortifica la inteligencia, de otro modo, siguedébil y perezosa, y permanece pobre, cualquiera que sea su riqueza aparente.

En una palabra, no se puede ser rico sin poseer, y no se posee intelectualmente sino lo que se ha reasumido por escrito, definido y compilado, y en su consecuencia clasificado y ordenado en su inteligencia con un criterio que lo ha hecho propio.

Leer, *con la pluma en la mano*, es absolutamente necesario para el más humilde como para el más elevado progreso; el que no hace esto, ó no se encuentra decidido á hacerlo, no hará nunca nada, nada conseguirá jamás.

Os quejais de no saber escribir, de no tener estilo, de no poder formular, redactar vuestros pensamientos en una forma conveniente, de ser distraído, ligero y olvidadizo. Pues bien, leed *con la pluma en la mano*, y esta excelente costumbre os impedirá olvidar, fijará las distracciones de vuestro espíritu, y además os enseñará á escribir y formará poco á poco y muy eficazmente vuestro estilo, porque os enseñará á reflexionar sobre lo que hayais leído, á tomarle afición, á admirarlo, á imitarlo, y esto es todo.

¡Leer *con la pluma en la mano*! Es probable que en todo el curso de este libro, no daré ningún consejo más útil, más eficaz, más decisivo. ¿Será seguido? Quiero creerlo.

4.º Inútil es volver á decir que no tengo la pretension de trazar aquí un plan absoluto, ni de indicarlo todo; yo no trato de ninguna manera de ser completo, sino de ser práctico, y no aconsejaré en cada género de estudio apenas más que los modelos, y las obras, necesarias ó de grandísima utilidad. *Pauci, sed boni*.

No conviene á todos el mismo método, ni los mismos estudios

ni los mismos libros; unos pueden más, otros menos; yo quiero únicamente abrir aquí un camino, y ofrecer algunos medios entre muchos otros, para emprender útiles trabajos.

Hecha esta salvedad, pasemos á los detalles, y empecemos por los estudios que parecen más interesantes y más fáciles para un hombre de mundo, que son los estudios literarios; este será, amigo mio, el objeto de mi próxima carta.

PHILOSOPHIE DU SENS COMMUN

PAR

MELITON MARTIN.

CHAPITRE III.

Classification de nos besoins.

Les besoins si nombreux de l'homme peuvent donc se diviser en trois catégories, savoir :

1.° Les besoins physiques ou matériels.

Le besoin de manger est *absolu*; impérieux est celui de nous vêtir; il nous faut encore un logement, de la lumière, un air pur, du mouvement et du repos.

Les besoins matériels sont les plus tyranniques de tous et les surpassent tous en intensité; la non satisfaction de ces besoins rend l'existence impossible. Ils ne nous laissent ni trêve ni repos et nous ne pouvons les modifier. Leur satisfaction est le point de départ et la base de bien être de toute supériorité, de toute indépendance. Règle générale: celui qui ne possède par de quoi manger se pervertit ou se dégrade.

Quoiqu'on puisse dire, les nations, comme l'individu ne peuvent être fortes, libres, sages et dignes, lorsqu'elles manquent des choses nécessaires à l'existence matérielle: on peut déclamer sur tous les tons; on n'empêchera jamais ces besoins primordiaux d'exercer leur tyrannique empire sur la race humaine.

La variété des besoins physiques de l'homme est la cause première de sa supériorité sur tous les êtres.

Chaque famille animale ne se sert que d'un genre de nourriture: l'eau seule apaise sa soif. L'une se nourrit d'herbes, l'autre d'insectes; certains animaux se repaissent de la chair de la proie dont ils se sont emparée; mais hors le besoin de manger et de boire et celui de la reproduction de l'espèce, il en est bien peu qui en aient d'autres.

Bien mieux, une fois ces besoins satisfaits l'animal ne va pas au delà de la limite que la nature lui a assignée; il n'abuse pas. L'homme, au contraire, veut-il se nourrir selon les règles de l'hygiène? Il met à contribution les trois règnes de la nature; il explore tous les pays; il fouille les fleuves et les mers; il découvre le feu et ses applications; il cultive les fruits; il invente le moulin, le four, l'alambic, il apprend à connaître la nature et ses lois principales en un mot, *il observe et comprend*. Et tout cela, rien que se pour la satisfaction de ses besoins physiques, — les plus grossiers de tous — dont il peut abuser et dont il abuse sans cesse.

2.° Les besoins intellectuels.

Nous avons besoin d'apprendre, en exerçant notre raison, pour savoir, dans chaque cas, ce qui nous convient le mieux; il nous faut nous souvenir de leçons de l'expérience et, pour cela, exercer notre mémoire; nous vainquons les obstacles de notre route, en exerçant notre volonté. Quel n'a point été le travail de l'intelligence avant que l'homme ait su faire de la farine et du pain avec le grain de blé! Que de tentatives, que de tâtonnements, avant qu'il ait pu arriver à moudre, à bluter, à pétrir la farine! La fermentation fut connue après bien des observations. Le feu et ses applications exigèrent des recherches sans nombre. Le four fut conçu et, pour cela, on dut y penser bien des années et loger dans la mémoire tous les faits qui se produisirent petit à petit.

Bref, à part la nécessité matérielle de semer, d'arroser, de battre, de moudre, de pétrir et de cuire, il fallut encore, rien que pour savoir faire le pain, mettre en branle une autre série de besoins de notre intelligence, sans lesquels l'homme ne serait qu'une sorte de machine animée, supérieure de bien peu à certaines espèces animales chez lesquels l'instinct est le plus développé.

Tels sont nos besoins intellectuels, infinis dans leur variété et, dans leur ensemble, apanage exclusif de l'homme.

Il peut aussi en abuser et il en abuse souvent. Le châtement qu'entraîne avec lui cet abus n'est pas néanmoins, aussi prompt que dans les excès physiques; mais, s'il tarde davantage, il n'en est pas moins sur et inévitable.

3.° Les besoins sentimentaux ou affectifs.

Enfin, nous sentons, en nous, le besoin d'aimer quelqu'un, de nous rapprocher de nos semblables, de vivre en leur compagnie, sympathiser avec eux de partager leurs peines et leurs joies; nous éprouvons le besoin d'unir notre sort à celui d'une compagne aimée, de nous voir revivre dans nos enfants: d'admirer ce qui est beau et bon, de haïr et de combattre le mal, la tyrannie, l'arbitraire; nous avons soif, enfin, de cette gloire de la vie, qu'on appelle l'enthousiasme, l'inspiration, la sympathie, en un mot: *le sentiment*.

Tels sont nos besoins affectifs ou sentimentaux. Ils constituent, pour ainsi dire, l'âme de nos besoins physiques ou intellectuels qu'ils stimulent et dirigent.

Ils servent, en outre, de contrepoids à la volonté et à la froide raison qui, sans eux, conduiraient l'homme au plus misérable égoïsme. Sans eux, le corps et l'intelligence perdraient leurs ressorts les plus énergiques et les plus nobles, et la partie la plus féconde du travail humain n'existerait pas. Combien sont peu de chose les actions de l'homme qu'un but de pur égoïsme dirige, si nous les comparons à celles qu'il accomplit sous l'impulsion du dévouement à ses parents, à son épouse, à ses enfants, à ses proches, à ses amis! Supposons l'homme ne pensant qu'à soi, ne travaillant que pour soi, notre planète devient un séjour aussi triste qu'invraisemblable.

C'est pour cela, sans doute, que l'égoïsme nous repugne instinctivement, et il doit en être ainsi.

L'homme peut abuser et abuse aussi de ses besoins sentimentaux, et les conséquences de ces abus entraînent, avec elles, des maux, des douleurs et le châtement.

Que de siècles, cependant, s'écouleront encore, avant que l'humanité à force de sang et de deuil, ne découvre quelle faute elle commet, sans cesse, en pervertissant le sentiment!

La classification, que nous venons d'exposer à grands traits, n'est pas, tant s'en faut, d'une rigoureuse exactitude. Il est des besoins qui participent des trois ordres que nous avons indiqués, d'autres dans lesquels la part de la matière est égale à celle du sentiment, d'autres enfin dans lesquels il y a prédominance du sentiment sur la matière et vice-versa.

La vérité est qu'il se confondent et se mêlent de telle façon que toute classification (en ceci comme en bien d'autres matières) ne peut être qu'une méthode de convention propre à aider notre pauvre intelligence.

L'unité ne saurait se classer, et l'unité, c'est la création.

Quoiqu'il en soit, nous allons essayer de fixer, ne serait-ce qu'imparfaitement l'énumération des principaux besoins de l'humanité; mais comme notre but n'est pas d'analyser les faits dans leurs moindres détails (travail digne de cent générations) et que nous voulons seulement indiquer ce qui est indispensable à la clarté des principes que nous exposons, et à l'évidence de certaines lois, malheureusement trop méconnues, nous devons nous borner à une classification d'autant plus utile et méritoire, qu'elle préparera le sol fécond où d'autres pourront récolter la vérité, en complétant le tableau des origines de toute la vie intellectuelle et morale.

La tâche d'étudier et de classer nos besoins a toujours paru si humble à nos philosophes qu'ils l'ont abandonnée aux économistes. Ceux-ci mutilant un tout indivisible, en ne s'occupant que de la richesse, et en ne considérant, comme richesse, que les biens matériels, ont introduit des erreurs funestes dans la pratique, erreurs qui retardent le triomphe de la vérité, malgré les grandes vérités partielles qu'ils ont démontrées et qu'ils soutiennent d'une façon si brillante.

Mentionnons donc les principaux besoins de l'homme.

BESOINS PHYSIQUES OU MATÉRIELS.

L'homme a besoin de :

Respirer.
Se mouvoir.
Voir.
Manger.
Travailler.
Dormir ou se reposer.
Ecouter.
Se défendre.
Posséder ou acquérir, (propriété naturelle).
Toucher.
S'abriter.
Se loger.
Goûter.
Sentir (flairer).
Conserver la santé.
Marcher.

BESOINS INTELLECTUELS.

Observer.
Imaginer.
Déduire.
Se souvenir.
Juger.
Exprimer la pensée.
Transmettre la pensée.
Se reposer intellectuellement, (distractions, divertissements).
Connaître la planète où il vit.
Connaître les corps.
Connaître les plantes et les animaux.
Connaître les astres et leurs lois.
Connaître les lois des corps.
Connaître les lois des forces.
Connaître les lois des organismes.
Connaître les lois de relations dans les choses.
Connaître les lois de relations dans les hommes.
Connaître les lois de relations dans les hommes et les choses.
Se connaître soi-même.

BESOINS SENTIMENTAUX.

De crainte.
De sympathie ou d'amitié.
Admirer le grand et le fort.
Craindre un être supérieur.

Espérer.
 Aimer le beau.
 Aimer le juste.
 Aimer le vrai.
 Aimer un être supérieur.
 Croire.
 Aimer le prochain.
 Avoir la foi.
 Et enfin l'amour infini.

BESOINS PHYSICO-INTELLECTUELS.

L'homme a besoin :
 De moralité personnelle.
 De paix.
 De sûreté.
 De vivre en société.
 De posséder tranquillement (propriété civile).
 D'échanger avec ses semblables.
 De division du travail.
 De liberté (politique?)

BESOINS INTELLECTO-SENTIMENTAUX.

D'association.
 De moralité de relation, (relation morale).
 D'exercer la bienfaisance.
 D'aimer la famille.
 D'aimer la tribu ou la patrie.
 D'avoir une bonne réputation, (crédit).

BESOINS PHYSICO-SENTIMENTAUX.

L'amour conjugal.
 L'amour paternel.
 L'amour maternel.

Parmi tous ces besoins et parmi tant d'autres que nous pourrions ajouter à cette liste, et que nous laissons de côté volontairement de peur de confusion, il en est deux qu'on pourrait nommer les poles du genre humain : l'amour maternel et le besoin de manger.

Qu'on supprime l'amour maternel, la continuation de l'espèce disparaît; supprimez le manger, l'existence de l'homme cesse. On peut concevoir l'existence et la multiplication du bipède humain, descendu au dernier degré de l'échelle zoologique, moyennant que satisfaction soit donnée à ces deux nécessités fatales; mais, sans elles, la race disparaîtrait, entière, de la surface de la terre.

L'amour maternel et le manger sont donc la condition fatale de la société humaine. Ce sont les deux forces impulsives originaires qui unies à la sensation, produisent, comme résultantes, d'autres besoins complexes; ceux-ci, à leur tour produisent des besoins nouveaux, en excitant l'activité de l'homme.

Comment s'étonner, devant cette origine, de ce que les actions, les désirs et les propos de l'homme portent, à la fois le cachet d'un grossier matérialisme et celui de la sublimité et de l'abnégation?

Considérons, d'autre part, que les besoins de l'homme sont les forces motrices du travail et de la pensée et de même qu'en mécanique, le corps soumis à l'impulsion de deux ou trois forces à la fois, obéit nécessairement à leur résultante, de même, dans la vie pratique l'action de deux ou plusieurs besoins, amène de nouveaux besoins mixtes qui participent du caractère du composant.

C'est ainsi qu'on s'explique le nombre infini des besoins nés avec le progrès, et qui constituent l'immense variété résultant d'une loi seule et unique.

L'homme, une fois doué des trois ordres de besoins que lui sont propres, avec toutes les facultés nécessaires pour les satisfaire, il était logique de lui donner le libre arbitre, capable de produire la variété infinie des faits dans l'unité du progrès et de la vie.

La force impulsive, constante, irrésistible de ces besoins, l'obligèrent à perfectionner et à étendre ses facultés à progresser, à devenir de jour en jour plus intelligent, plus riche. à s'améliorer sans cesse, et à fin de le soutenir dans le chemin du bien la douleur chemine à ses côtés et le bien être marche devant lui. Tant que nous suivons le droit chemin et que nous pourrions à la satisfaction de nos besoins, dans les limites de notre nature, la récompense de notre conduite sera un bien être plus grand, c'est à dire de nouvelles jouissances du corps et de l'esprit; si au contraire, nous écartant de la bonne route, nous méprisons les lois de la vie, la misère et la douleur seront notre partage et nous apprendrons, à nos dépens, que ces lois qui nous sont imposées, ne peuvent être ni méconnues, ni éludées.

Pent être, nous reprochera-t-on de ne nous occuper que des besoins de l'homme sans faire mention de ses facultés.

L'excuse que nous donnerons de cette préférence, pour la méthode d'investigations que nous avons suivie, se trouve dans les raisons suivantes:

1.° L'existence d'un besoin suppose celle d'une ou de plusieurs facultés propres à les satisfaire. La nature ne tombe jamais de besoin sans fournir les moyens d'y remédier.

2.° Chaque besoin satisfait n'est que la manifestation évidente d'une ou de plusieurs facultés; nous n'avons pas trouvé de meilleur moyen de prouver l'existence de ces facultés, qu'en nous occupant des besoins auxquels elles pourvoient dans la pratique.

3.° Notre but est purement pratique et l'analyse de tous nos besoins, quelque soit l'ordre auquel ils appartiennent est à la portée de tous et aussi évidente que facile, tandis que celle des facultés de notre esprit est aussi difficile que sujette à l'erreur.

Nous verrons d'ailleurs, par les résultats de notre étude, si la route que nous suivons est moins sûre qu'une autre, pour arriver à la pleine connaissance de notre mission et de nos devoirs.

(à suivre).

MELITON MARTIN.

VIERNES SANTO DE 1674

¡CUARENTA SIGLOS!

«La religion cristiana es tan hermosa, que no es posible dejar de amarla en llegando a conocerla bien.»

MAZO.

Cuatro mil años se marcaban en la esfera del tiempo desde que á la Omnipotencia divina plugo dar vida á la naturaleza; en estos cuarenta siglos se sucedieron maravillas sin cuento, prodigios de inconcebible sublimidad.

Un pedazo de frágil barro sirve al Divino escultor para modelar en el campo Damasceno la importante figura de la especie humana; un débil soplo de su inmortal esencia reanima y vivifica aquella porcion de polvo, en cuya augusta frente se vé brillar un rayo celestial de la grandeza de Dios: el hombre, en fin, colocado en una mansion de delicias, aparece sobre la tierra, elevada su vista al cielo, como reconociendo el origen de su existencia, y se siente inspirado de religiosas y profundas meditaciones; contempla los inmensos espacios que coronan su frente, y su corazon, embriagado de tanta dicha, se estremece de gratitud, como las cuerdas del arpa al delicado contacto del viento. Fija su penetrante mirada en la tierra, descubre á sus piés los tesoros que en ella ha derramado el Sér Supremo, y su alma, arrebatada de un tierno sentimiento, se eleva hasta el seno del mismo Dios.

La inocencia corona sus sienes; la inmortalidad es el escudo de su gloria, y al despertar de un dulcísimo sueño en que Dios le sumergiera, vé á su lado un ángel de hermosura que ha de vivir con él y ha de compartir tambien el cetro de su imperio.

Todo convida á la más pura alegría, todo es risueño, sí; pero el génio maléfico, el ángel rebelde, el soberbio Luzbel, perturba en breves instantes tanta felicidad.....

El cielo, ántes riente, se cubre de triste manto; el sol, que por vez primera recorria á los ojos del hombre ese celeste azul, sin que la más pequeña mancha disipase sus doradas hebras, se oculta ya en negras nubes que empañan su hermosura; la luna, escondida en el blanco regazo de su magnífico trono, no refleja á la tierra sus tibios y macilentos rayos; ni despiden las flores sus esencias, ni los pajarillos gorjean, ni murmuran las fuentes, ni triscan los corderos, ni juguetea, en fin, los demás seres, compañeros inseparables del hombre: tristeza es todo: la naturaleza exhala un profundo gemido; la voz del Dios de justicia vibra severamente en los aires; huyen los criminales, y el remordimiento cubre de vergüenza sus rostros, ántes vírgenes y candorosos; voló la inocente pureza de su corazon; plegó el alma sus blanquísimas alas, y la naturaleza humana sintió bullir en su conciencia el más amargo remordimiento.

Terrible castigo impuso Dios á los insensatos que se atrevieron á quebrantar sus mandamientos: la espada de fuego, blandida por el ángel del Señor, luce en las puertas del Paraíso; Adán y Eva, privados de su inocencia, gimen tristes su desventura. «Comerás el pan con el sudor de tu frente: sólo á fuerza de trabajo sacarás de la tierra tu alimento diario: volverás á la tierra de que te formé, porque eres polvo y en polvo te has de convertir..... Parirás, dijo á Eva, con dolor, y estarás bajo el poder de tu marido.....» Estas memorables palabras, sentencia terrible de la Divina justicia, se repetían en melancólicos gemidos, que llevaba el viento en sus alas á do quiera que existía un átomo imperceptible de la creacion. Hé aquí el origen del llanto que por tantos siglos viene devorando á la humanidad; hé aquí tambien la causa de otro nuevo y más grande beneficio que debemos al Hacedor Supremo. A un pecado tan enorme correspondia tambien una inmensa reparacion; á un Dios ofendido, una Divinidad conciliadora; á una justicia infinita, una

bondad suma; á una eterna desventura, un Dios omnipotente.... Y el Señor, que en un acto de su voluntad divina habia exornado el firmamento de brillantes luces, habia hecho voltear en la inmensidad las esferas; los ástros girar en diamantinos ejes; las estrellas en mil chispas de fuego immortalizar su nombre; la tierra, en fin, morada del sér humano, en múltiple y perpétuo movimiento; el Señor, repetimos, que para tantas y tan bellas obras le bastó un *fiat* en la creacion del universo, quiso legarnos un rasgo eterno de su grandeza y una inmensa prueba de su misericordia.

Anunció en misteriosas palabras su venida al mundo: «De la mujer, dijo, nacerá el que ha de quebrantar la cabeza de la serpiente;» y á esta feliz y consoladora promesa, tierna y sublime esperanza del género humano, los cielos se sonrieron, cantaron las aves, brilló el sol en el firmamento, corrieron alegres las fuentes, la luna regó de plata los espacios; tornó, por último, á la tierra la alegría, precursora de tan fáusto acontecimiento.

Ya puede entregarse el hombre á su eterno trabajo: su corazón se ha librado en parte del horrible peso que le oprimia; se dibuja en su mente una esperanza; y en tanto que la realidad se acerca, Dios imprime en su alma santos y saludables preceptos, que le libran de caer en el insondable abismo cuyos bordes tocó por su criminal desobediencia. ¡Cuánta es la bondad del Criador!

Corren, sin embargo, los siglos, y el hombre, faltando á los preceptos de la ley natural, se precipita en el crimen y provoca otro segundo castigo del Señor.

Saltan los mares sus barreras, ábreanse las cataratas del cielo, sumérjese y flota en el agua nuestro planeta, y desaparecen miserablemente las generaciones de muchos años. Sólo un justo se salva con su familia.

Regenérase el mundo; elige Dios un pueblo predilecto, y él es el testimonio inmutable de su grandeza y poderío.

Pero cruzan los años en silencio, y en este largo período de acontecimientos aparecen los patriarcas, asoman los jueces, se elevan poderosas monarquías, surgen los profetas, sufre la sociedad terribles estremecimientos; las guerras cubren de horror y sangre la tierra; los ídolos se levantan triunfantes en profanos altares; desbórdanse las pasiones; gime la humanidad; confúndense los derechos del hombre; se borran los deberes de la justicia.... Es un caos, en fin, cuya amenazadora é imponente ruina llega á ser inevitables.

El mundo se choca en sí mismo: un golpe más, y se destruye. Ni Babilonia, ni Nínive, ni la sábia Atenas, ni la poderosa Roma... no saben aplicar el remedio de tanto mal. Pero una misteriosa nueva cruza veloz de polo á polo: la frente del hombre, bañada de tristeza, se levanta con indecible satisfaccion para dirigir una escrutadora mirada hácia el Oriente.

Un miserable establo de Bethlen es el magnífico palacio elegido por el hijo de Dios para su nacimiento. Los ángeles anuncian su gloria en las alturas; los Reyes, en cumplimiento de la profecía de Balaham, vienen á prestar su reconocimiento y adoracion; Herodes mancha sus manos con inocente sangre, pretendiendo, ¡insensato! revocar los designios de Dios.

Jesús permanece ignorado de las gentes hasta que su aureola gloriosa empieza á iluminar el mundo. Unos pobres pescadores, llenos de rudeza, le siguen para difundir su doctrina por todo el orbe. Su predicacion, acompañada de portentosos milagros, conmueve los ánimos: Lázaro resucita; Magdalena se arrepiente; el agua conviértese en vino; las olas del mar obedecen á su divina voz; multiplícase el alimento; sanan los enfermos; oyen los sordos; los ciegos cobran la vista; arrebatada, en fin, su celestial doctrina, y el pueblo corre presuroso á tocar sus vestiduras sagradas y á cubrirse con su sombra.

Nada es bastante, sin embargo, para contener á sus bárbaros é implacables enemigos, ni su humildad edificante, ni su purísima inocencia, ni su doctrina salvadora, ni el ser en fin Hijo de Dios, impiden á estos malvados que desistan del crimen horrendo que arde en su pecho.

El Salvador es vendido con ósculos de paz por uno de sus discípulos; es su divino rostro abofeteado; su cuerpo santo, escarnecido; sus delicadas manos puestas en tortura; sus sagradas plantas profundamente heridas, y sus hombros, con befa y desprecio de sus

enemigos, tienen que resistir el enorme peso de un madero, instrumento de su espantoso suplicio....

Una madre tierna se abre paso entre aquella turba insolente que va á consumir con público regocijo el mayor crimen que los siglos han conocido; es María que pretende apurar hasta el fondo la amarga copa del sufrimiento; es la piadosa Madre que va á recoger el último aliento del Salvador, su amantísimo hijo: ¡escena la más terrible que puede ofrecerse al delicado sentimiento de su angelical ternura!

¡Ya es llegado el momento de realizar el bárbaro suplicio!!! Pero enmudezca nuestra pluma, que no es bastante á pintar el cuadro desgarrador que ofrece la sagrada víctima de Jesús.

El Hombre-Dios ha espirado: la naturaleza se conmueve en sus cimientos; cúbreanse los cielos de tristeza; los mares gimen, se abren las piedras, y el pueblo ingrato, á cuyo Dios debía tantos y tan inmensos beneficios, comete ¡qué horror! el enorme crimen de un DEICIDIO.

Diez y nueve siglos de perpétua lucha no sólo no han borrado el doloroso recuerdo del bárbaro crimen cometido por el pueblo de Israel, sino que el último suspiro lanzado por Jesús al inclinar su frente, fué como la luz que iluminaba al mundo, disipando las tinieblas en que gemía por tantos siglos la humanidad; luz que brotó en la cima de Gólgota, cuyos vivísimos resplandores no se extinguirán jamás. ¡Ah! Bien dijo un sábio y virtuoso sacerdote: «La religion cristiana es tan hermosa, que no es posible dejar de amarla en llegando á conocerla bien.»

EL CALVARIO.

El Calvario, en griego *Gólgota*, que quiere decir monte del Cráneo ó de la Calavera, es el lugar donde Jesucristo fué crucificado. Los Evangelistas no hacen su descripcion. Se explica de diferentes maneras el origen de este nombre. Los que le deducen de la forma exterior, pretenden que la colina sobre la que fué levantada la Cruz del Salvador, se presenta á la vista del espectador bajo la apariencia de un cráneo ó calavera, á causa de su desnudez y la falta completa de vegetacion. Otros le deducen de las calaveras de los malhechores que eran ejecutados en este sitio. Sin embargo, como los israelitas tenian tan grande cuidado para no tocar ni aún inadvertidamente los cadáveres, pues esto les hacia impuros, no puede admitirse que hubiera en las inmediaciones de Jerusalem un sitio en que los espectadores pudieran descubrir á lo lejos las calaveras de los ajusticiados.

Algunos Padres de la Iglesia pretenden que el Calvario recibió su nombre de haber sido enterrado en él el primer hombre; pero el sepulcro de Adán no era ni es conocido, y semejante asercion parece fundarse en el paralelo de Adán y de Jesucristo, que se hallaba en la Epístola I á los Corint., xv, 22, 45 de San Pablo. Este paralelo está hecho sin alusion ninguna al sitio de la sepultura de Adán y de la muerte de Jesucristo. Al lugar donde Nuestro Señor fué crucificado, no se le llama en los libros santos monte ni colina: sólo se dice por el Apóstol que se hallaba situado fuera de Jerusalem. Segun Eusebio y San Jerónimo, el Calvario se hallaba situado al Norte de Sion, siendo hoy no obstante bastante difícil determinar claramente esta situacion, porque Jerusalem fué destruida primeramente por Tito y despues lajo el imperio de Adriano, levantándose sobre las ruinas de la ciudad otra nueva edificada por los colonos romanos y llamada *Ælia capitolina*, despues de haberse arrasado las casas antiguas y las viejas murallas.

Esta nueva poblacion fué edificada más hácia el Norte, y esto explica por qué el sitio donde Jesucristo fué crucificado no está hoy tan lejos de la ciudad como ántes estaba. Santa Elena, madre de Constantino, edificó una iglesia magnífica en el sitio mismo donde se encontró la Cruz del Salvador. Se tiene á este sitio por el Calvario, partiendo del principio de que la Cruz debia haber sido enterrada sobre el mismo terreno en que Jesús habia muerto. Se enseña todavía en nuestros dias á los peregrinos en la iglesia de la Resurreccion, en Jerusalem, el sitio mismo que, segun la tradicion, es considerado como el en que murió el Salvador.

EL MONTE DE LAS OLIVAS

Es la más considerable y más alta de las montañas que rodean á Jerusalem, llamado hoy por los árabes *Dschebel-el-Tur*. Se halla situada á la parte del Oeste, á 1.000 metros de la ciudad, separada por los torrentes del Cedron, de los montes Moria y Ophal, que se ven en frente. El camino que desde la ciudad se dirige al monte de las Olivas, pasa por la puerta de San Estéban y por un puente de piedra que atraviesa el torrente, cuyo cáuce está hoy casi siempre seco. Al pié del Monte de las Olivas se hallaba ántes el huerto de Gethsemaní; algunos viejos olivos que se ven á la derecha, y las rocas suspendidas sobre la gruta que penetra en el valle á la izquierda, sirven de señal para conocer desde lejos el sagrado sitio donde sufrió su agonía Nuestro Señor Jesucristo.

El camino que surca la montaña se divide en dos direcciones; la una de ellas conduce por el Norte á Galilea y la otra se dirige á Jericó. El Monte de las Olivas recibió esta denominación de los magníficos olivos que cubrían principalmente su falda occidental, y que hoy casi todos han desaparecido. Se distinguen tres puntos elevados sobre su cima: en la elevación central y en frente de la ciudad, se levanta la iglesia de la Ascension, edificada de orden y á expensas de la emperatriz Santa Elena, perteneciente hoy á los armenios. Cerca de esta iglesia se vé una mezquita y la tumba de un santo mahometano. Alrededor de la iglesia y de la mezquita se ven algunas cabañas, que forman la pobre aldea de *Siloam* ó *Selivan*. Esta elevación central es, propiamente hablando, el verdadero Monte de las Olivas, en el cual no se dá un paso que no se halle un sitio consagrado por alguna venerable tradición.

Las ruinas de una ermita recuerdan el sitio donde Jesucristo lloró la destrucción de Jerusalem: un bosquecillo de granados, el lugar donde enseñó á sus discípulos la oración dominical; una cavidad en las rocas, la gruta donde los Apóstoles redactaron en común el símbolo de la fé.

A unos trescientos pasos de la iglesia de la Ascension, se levanta la segunda colina, la del Norte, donde segun se dice en una inscripción de una columna allí levantada, aparecieron los ángeles á los Apóstoles. La tercera colina ó elevación, que es la que está á la parte del Sur, se halla en frente de la fuente de Siloé y del valle de Gehennon, teniéndosela por un lugar de abominación, llamándola el *Monte del Escándalo*, por ser donde Salomon mandó levantar los altares para adorar los ídolos de sus concubinas.

La colina del Norte es la más elevada del Monte de las Olivas. Schubert calcula su altura en 825 metros sobre el nivel del mar, en 139 sobre el del valle y en 58 sobre el monte Sion. Esta cima presenta una gran superficie plana, que fué donde Cestius y Tito fijaron sus tiendas en el sitio de Jerusalem, por ser donde más se dominaba la ciudad.

Todos los viajeros se hallan contestes en ensalzar el punto que describimos, por el grandioso panorama que ofrece á la vista. Aquí era donde se encendían las hogueras que servían á los judíos para anunciar la luna nueva y donde se guardaban también una parte de las cenizas de la vaca roja.

Después de la sangrienta insurrección de Bar-Kochba, cuando el emperador Adriano prohibió la entrada de los judíos en la ciudad, estos infortunados establecieron la costumbre de reunirse todos los años en el Monte de las Olivas para celebrar la memoria del incendio del templo por Tito y para llorar la ruina de su ciudad.

Hoy que la Iglesia conmemora el misterio solemne de la Redención del mundo, consumado por el Hijo de Dios en el Calvario creemos que nuestros lectores leerán con gusto los siguientes documentos relativos á la sentencia del Salvador. Dichos documentos son el auto que llevó al patíbulo al Hombre-Dios, y la carta que con este motivo dirigió el presidente de la Judea á Claudio Tiberio Nerón, emperador á la sazón de los romanos:

SENTENCIA DICTADA CONTRA NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

«El año XIX de Tiberio César, Emperador romano de todo el mundo, Monarca invencible, en la Olimpiada CXXI, y en la Eliada XXIV, y en la creación del mundo, segun el número y comparti-

miento de los hebreos, cuatro veces mil ciento ochenta y siete, y de la progenie del romano imperio el año LXXIII, y de la liberación de la servidumbre de Babilonia el año MCCVII, siendo gobernador de la Judea Quinto Servio, so el regimiento y gobierno de la ciudad de Hierusalem; presidente gratísimo Poncio Pilatos; regente de la Baja Galilea, Herodes Antipa; Pontífice del sumo sacerdocio, Cai-phas; Alis Almael, magni del templo; Roban Anchabel, Franchino Centáuro; cónsules romanos y de la ciudad de Hierusalem, Quinto Cornelio Sublima y Sexto Pompilio Rusto; en el mes de Marzo, el día 25 de él: Yo Poncio Pilatos, aquí presidente del imperio romano, dentro del palacio del archiresidencia, juzgo, condeno, y sentencio á muerte á Jesús, llamado de la plebe Cristo Nazareno, y de patria Galileo, hombre sedicioso de la ley moisená, contrario al grande Emperador Tiberio César. Determino y pronuncio por esta, que su muerte sea en cruz, fijado con clavos á usanza de reos, porque aquí, congregando y juntando muchos hombres ricos y pobres, no ha cesado de remover tumultos por toda la Judea, haciéndose hijo de Dios, rey de Israel, con amenazarles la ruina de Hierusalem y del sacro templo, negando el tributo al César, habiendo tenido aún atrevimiento de entrar con ramos y triunfo, y con parte de la plebe dentro de la ciudad de Hierusalem y en el sacro templo. Y mando que se lleve por la ciudad de Hierusalem á Jesucristo ligado y azotado, y que sea vestido de púrpura y coronado de algunas espinas, con la propia cruz en los hombros, para que sea ejemplo á todos los malhechores; y con él quiero sean llevados dos ladrones homicidas, y saldrán por la puerta Jargada, ahora Antoniana, y que se lleve á Jesús al público monte de justicia, llamado Calvario, donde él crucificado y muerto, quede el cuerpo en la cruz como espectáculo á todos los malvados, y que sobre la cruz sea puesto el título en tres lenguas, hebrea, griega y latina: *Jesus Nazarenus Rex Judeorum*.

Mando asimismo, que ninguno de cualquier estado ó calidad, se atreva temerariamente á impedir la tal justicia por mí mandada, administrada y ejecutada con todo rigor, segun los decretos y leyes romanas y hebreas, sopena de rebelión al imperio romano.—Testigos de la nuestra sentencia.—Por las doce tribus de Israel, Rabbaim Daniel, Rabbaim Joannim, Bonicar, Barbasu, Labi, Petuculani.—Por los fariseos, Bulia, Simeon, Ronol, Rabbani, Mondaani, Boncurfossi.—Por los hebreos, Nitambertar.—Por el imperio y presidente de Roma, Lucio Sextilo, Amasio Chilio.»

Es copia de la que se halló en el año de 1850 escrita en un pergamino en la ciudad de Aquila (reino de Nápoles), y que existe en el archivo de la Real Academia de la Historia.

PONCIO PILATO, PRESIDENTE DE JUDEA, Á MI SEÑOR TIBERIO, EMPERADOR DE LOS ROMANOS, SALUD.

«No há mucho tiempo que se ha verificado un acontecimiento, el que ocasionó sin duda la envidia de los judíos; pero que bien puede decirse que con este motivo se han arruinado los judíos ellos por sí mismos, y cuya perdición cogerá á todos sus descendientes.

Los judíos apoyados en las promesas hechas á sus mayores y confirmadas con milagros, esperaban que su Dios les enviara por medio de una joven virgen á uno que con derecho se llamase rey de ellos; éste, pues, vino á la Judea estando yo presente.

Es público y notorio que este venido restituía la vista á los ciegos, limpiaba á los leprosos y curaba los paralíticos. Vieron también que ahuyentaba los demonios, y que libertó de espíritus inmundos á varios obreros; que también resucitó á muertos que yacían en sus sepulcros; que á él obedecían los vientos; que á pié enjuto paseaba los mares; hizo, en fin, otros muchísimos milagros, que ya el vulgo le llamaba entre los judíos y la plebe «Hijo de Dios.»

Los príncipes de los sacerdotes, ya por emulación, ya por ambición, ya en fin, por un egoísmo refinado, se declaran abiertamente enemigos del tal, hasta el punto de prenderle y entregármelo en tal forma, haciéndole reo de crímenes, todos mentira.

Apellidábanle el *Mago*, destructor y contrariador de la ley de ellos; mas con tales suposiciones, yo fui seducido, dando oídos y crédito á sus querellas, le entregué á ellos mismos para que lo azotaran y para que lo trataran á su arbitrio.

Crucificáronle, por último, poniendo centinelas en el lugar del sepulcro donde fué enterrado; por cierto que también se encontraban de guardia algunos de mis soldados, quienes vieron á éste mismo levantarse de entre los muertos.

La perfidia de los judíos llegó hasta este punto: repartieron una gran cantidad de dinero á los soldados mismos que estaban á la custodia del sepulcro, con el objeto de que divulgasen cómo los discípulos del Crucificado consiguieron de noche y furtivamente extraer el cadáver.—Ello es cierto que los soldados recibieron el dinero; pero que á pesar de esto, ellos públicamente atestiguaron la visión de los ángeles, y dijeron que verdaderamente aquel Jesús se evantó del sepulcro, que resucitó de entre los muertos.

Estas cosas, pues, he escrito, por si acaso alguno, seducido por los judíos, llegase á contar el caso de otra manera, y le diera crédito. — *Vale.*»

RETRATO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

«Hay actualmente en Judea un hombre de una virtud singular, á quien llaman Jesucristo. Los bárbaros le creen profeta, pero sus sectarios le adoran como descendiente de los dioses inmortales. Resucita á los muertos y cura á los enfermos por medio de la palabra ó del tacto: es bien formado y de estatura elevada; su aspecto es dulce y venerable; sus cabellos son de un color indefinible, cayendo en rizos hasta más abajo de las orejas, y esparciéndose con gracia sobre los hombros, estando divididos en la parte superior de la cabeza, como los llevan los nazarenos. Su frente es alta y despejada, y sus mejillas solo tienen un sonrosado agradable. Su nariz y su boca están formadas con una regularidad admirable. Su barba, espesa y de un color semejante al del pelo, tiene dos pulgadas de largo, y dividiéndose por la mitad, forma la figura de una horquilla. Sus ojos son brillantes, claros y serenos; censura con majestad, exhorta con dulzura; cuando habla ó cuando se mueve, lo hace con elegancia y gravedad. Nunca se le ha visto reír, pero se le ha visto llorar con frecuencia. Es muy templado, modesto y juicioso. Es un hombre, en fin, que por su excelente belleza y por sus perfecciones divinas, supera á los hijos de los hombres.»

ESTUDIOS DE DERECHO POLÍTICO

(CONTINUACION.)

I.

El segundo principio ó atributo de la personalidad humana considerada en sus relaciones sociales, es el de la *libertad*. Ya hemos dicho que Kant exageró este principio hasta el punto de suponerle el único fundamento del Derecho; pero nosotros hemos reconocido que tiene que existir con los de igualdad y sociabilidad, y aunque el primero de ellos precede también á los demás en el orden filosófico. La libertad es, sin embargo, efectivamente una de las principales condiciones del Derecho y de la moral, porque en tanto el hombre está sujeto á una ley moral ó jurídica en cuanto es libre y responsable, no pudiéndose concebir el concepto de imputabilidad y responsabilidad, sin el de libertad, ni por consiguiente establecer diferencia entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, el mérito y el demérito.

La libertad podemos considerarla bajo dos puntos de vista, uno interior y otro exterior. En cuanto á la libertad interior del hombre esto es, la facultad de determinar su voluntad, previa la deliberación, desde luego se concibe que no cabe limitación en ella, puesto que es un acto puramente interno, que se revela por la conciencia íntima del mismo. En virtud de esta facultad, el hombre tiene un *deseo*, para su realización *delibera*; examina según su razón y su conciencia si debe ó no realizarle, teniendo en cuenta los *motivos* ó sea el impulso moral, y los *móviles*, ó sea el impulso físico; y después de la deliberación, sigue el *acto*, en virtud del cual se realiza, ora en el sentido del deber ó en el del apetito. De estas tres manifestaciones, sólo la última, la acción, es la que cae bajo el dominio del Derecho. La libertad interna no puede por lo tanto ser objeto de la ley jurídica.

No sucede lo mismo respecto á la libertad externa que cae enteramente bajo el dominio del Derecho: puede decirse que esta libertad social es la «facultad de escoger racionalmente los medios ó las condiciones sociales de los cuales depende la realización de su objeto y de su bien, en conformidad con el bien de todos;» de aquí, que en tanto es compatible el ejercicio de esa libertad en cuanto se cumplen esos fines elevados y sociales. Dedúcese de aquí que no hay libertad en el verdadero sentido de la palabra, sino en tanto que está sometida á la ley de la razón; por eso dice N. S. J. C., «la verdad os hará libres;» y por eso en la idea cristiana que santificó la personalidad humana, y que dió al hombre toda la dignidad que le correspondía, se encuentra consagrado el principio más elevado acerca de la libertad.

La ley de la libertad se demuestra por la conciencia íntima de esta facultad en el hombre y por la misma variedad histórica que nos demuestra cómo el hombre ha ejecutado ciertos actos diferentes en virtud de su propia libertad. La conciencia humana nos da á conocer la ley de la casualidad, la noción de causa y efecto, en virtud de la que nosotros mismos nos reconocemos causa de nuestros propios actos. Las diversas sensaciones de vergüenza, de rubor, de alegría, que se manifiestan en el rostro, según que la acción que ejecutamos sea buena ó mala, son otra prueba palpable de la libertad. Como ha observado un ideólogo moderno, reside en nosotros la ca-

sualidad de nuestras acciones de un modo tan evidente, que jamás apostamos acerca de la posibilidad de una acción con aquel que ha de ejecutarla. De aquí se deduce también que la libertad moral no puede perderse por el hombre más que con su inteligencia, es decir, siendo un niño ó un demente.

También se demuestra prácticamente la existencia de esa misma libertad por la de los hechos históricos, en los cuales se ha sacrificado la existencia física, lo más precioso para el hombre de todo lo finito, en virtud de un impulso racional de heroísmo. Así se concibe la existencia de los mártires religiosos y políticos que han consentido perder la vida antes que sacrificarla á lo que ellos creían que era un hecho infame y reprobado.

Resulta, pues, que el verdadero carácter de la libertad se manifiesta en el orden moral, y que se ejerce en virtud de la racionalidad del hombre. En el orden físico no podemos decir que el hombre sea igualmente libre, puesto que no está en su mano dejar de cumplir las leyes invariables de la naturaleza física, y por tanto no hay la facilidad de la transgresión. Si quiere elevarse á las regiones superiores de la atmósfera, bien pronto el encarecimiento del aire le imposibilita de ejecutarlo, puesto que le falta la respiración; y aún lo mismo le sucede en el suelo en algunas comarcas especiales de la América; no depende tampoco de su voluntad suspender las funciones de su respiración, de la circulación de la sangre, etc. Sus facultades físicas son, por lo tanto, muy limitadas, á diferencia de las espirituales en que por el contrario tiene una gran esfera de acción.

Demostrada ya la idea de la libertad, veamos ahora las distintas manifestaciones de esta misma idea, según los diferentes objetos de la vida humana. Bajo este punto de vista, tendremos que examinar la libertad en la *familia* y en la *sociedad*, y en esta última clase, la libertad del *pensamiento*, la libertad *política*, la *libertad religiosa* y la *libertad del trabajo*.

En el orden de la familia, la libertad del hogar doméstico es un principio tan respetable, que aún los partidarios de los sistemas más restrictivos de la libertad, no pueden menos de consagrarla. Sin embargo, á veces la legislación ha descendido hasta el punto de reglamentar la familia, su alimentación, su educación, etc., como observamos en muchas de nuestras leyes recopiladas. Este abuso no puede menos de causar una gran perturbación en el hogar doméstico, que se ve invadido por la administración ó por un magistrado, cuya intervención sólo puede admitirse cuando los padres abusan de su poder ó cuando los hijos se insubordinan contra los padres, ó cuando los cónyuges hallan motivos para su separación. La inviolabilidad del hogar doméstico, que debe ser para la ley un santuario, es por consiguiente uno de los principios que deben consagrarse en una nueva organización política, principio que vemos consagrado en las leyes inglesas hasta el punto de que el dueño de una casa puede impedir á viva fuerza la invasión en su domicilio, á no ser en caso de incendio ú otra calamidad semejante.

La libertad *civil* y *política* suelen confundirse, y sin embargo son distintas. Puede decirse que la una prepara la otra, de tal manera, que cuando la libertad se reconoce en sus relaciones civiles acaba por reclamar las garantías que le prestan la Constitución y la administración en el orden político. En Roma la palabra *civitas* se refería al Derecho político, la palabra *urbs* al Derecho municipal, aquella comprendía la libertad política, esta la libertad civil. Mas como la vida civil constituye relaciones y lazos de Derecho que deben ser por todos respetados, la libertad civil y la política tienen que sufrir limitaciones que sin coartar la libertad individual, la armonicen con la libertad general, limitaciones que no serían justificadas ante la opinión ni el derecho, sino fueran racionales y tuvieran un objeto de utilidad social. En virtud de este principio es como en utilidad de todos los asociados se establecen limitaciones áun por reglamentos y ordenanzas municipales, y se fijan reglas, por ejemplo, para la construcción de edificios, á cuyas reglas deben necesariamente acomodarse todos los ciudadanos. Con arreglo á estos principios, es fácil deducir y comprender la libertad de propiedad, de contratación, etc., que no son más que partes integrantes de la libertad civil. La libertad política es una extensión de la libertad civil y podemos considerarla como la facultad que tienen los ciudadanos de intervenir en el gobierno.

La libertad del pensamiento pertenece á la clase de libertad interna, y por consiguiente no puede estar sujeta á la acción de Derecho; pero si ese pensamiento se manifiesta, si se traduce en palabras ó en escritos, en este caso ya puede caer bajo la inspección de la ley, y es preciso indudablemente establecer limitaciones al ejercicio absoluto de esta libertad, en cuanto con él puedan atacarse los grandes principios morales y sociales que sirven de fundamento á la sociedad. Presenta, pues, un problema difícil de resolver en la organización política moderna la cuestión de establecer en mayor ó menor escala los límites, dentro de los cuales debe encerrarse el ejercicio de esa libertad.

Esta dificultad procede también de los distintos y variados medios de manifestación del pensamiento que existen en las sociedades modernas. Estos son principalmente el foro, el púlpito, la

tribuna, la cátedra y particularmente la prensa, así es que la libertad de imprenta y las limitaciones de la misma es un punto que generalmente se trata en las constituciones políticas.

La imprenta puede decirse que es el vehículo del pensamiento que lanza á través de las épocas y de los espacios todas las elucubraciones de este y dá lugar á relaciones de Derecho desde el momento en que saliendo de la esfera de abstracción, el pensamiento se exterioriza por medio de la palabra. Sin embargo, por la índole misma de su existencia y en buenos principios filosóficos, la emisión del pensamiento no puede menos de ser libre, pero para ser perfecta debe sujetarse á la limitación del Derecho establecido por Kant, á la coexistencia de los demás derechos y á la armonía.

Otra de las manifestaciones de la libertad es la de las creencias religiosas, cuestión que en ciertos países se ha agitado con empeño, dando lugar á las desastrosas guerras de religión. Conviene que para tratar esta cuestión distingamos entre el hecho universal que se verifica en todo el mundo y la cuestión concreta que puede agitarse en determinadas nacionalidades. Bajo el primer punto de vista, la libertad religiosa no es más que la coexistencia de un hombre que se pone en relación con Dios de un modo dado, con la de otro que cree mejor otro medio de establecer esta relación. En este sentido en la universalidad de la tierra existe de hecho la libertad religiosa, porque grandes grupos del género humano siguen la verdadera creencia, al paso que otros profesan el Judaismo, el Mahometismo, el Boudhismo, etc. Pero examinado el hecho con relación á una determinada nacionalidad, vemos que en ella, puede existir la libertad de cultos, como en los Estados-Unidos, tolerancia como en Francia, ó unidad de creencias como de hecho existe en nuestra patria. Sin embargo, el problema se plantea, tratando de resolver en primer lugar hasta qué punto puede el Estado intervenir en la creencia, y si sus medios de acción y su esfera propia no deben deslindarse de la esfera puramente religiosa, y bajo este concepto diremos que toda religión, por su propia creencia, debe ser naturalmente intolerante dentro de su propia esfera; es decir, que no puede sin destruirse á sí propia admitir en su seno otra creencia, porque sería tanto como variar la suya. La intolerancia que cada religión tiene en su seno respecto de las demás, es la intolerancia que la verdad debe tener con el error, no admitiéndole con ningún pretexto ni bajo ningún concepto. Pero claro es que no siendo la esfera propia del Estado, la esfera religiosa no puede ser intolerante en el mismo sentido, y que respecto del establecimiento de una ó distintas creencias en determinada nación, deberá más bien que imponerlas respetar sobre este punto los hábitos, las costumbres y las tradiciones de aquel pueblo, evitando de este modo que surjan las guerras religiosas tan funestas para el Estado mismo.

La última manifestación de la libertad de que debemos hacer mérito, bajo el punto de vista social, es la de la libertad del trabajo, y por lo tanto la de la libertad de comercio. La libertad de trabajo consiste en la facultad que tiene el hombre de aplicar su actividad física ó intelectual á los diferentes objetos de la vida humana, para poder satisfacer mejor sus necesidades, y bajo este punto de vista, es una consecuencia inmediata de la personalidad. Admitida la libertad del trabajo, es consecuencia inmediata la libertad del cambio, pues aquella quedaría sin objeto si se estableciesen limitaciones para poder cambiar unos productos por otros, según las distintas necesidades del hombre. La libertad de comercio es, por consiguiente, la facultad de proveerse unos hombres á otros de lo que les sea necesario, bien sean cosas ó servicios, aunque en el sentido estricto suele definirse « la facultad de facilitar servicios por servicios. » Considerada la cuestión históricamente, la libertad de trabajo se ha hallado sometida á trabas y condiciones que la han desnaturalizado; y la libertad de comercio es impugnada aún en nuestros días por la escuela económica llamada *protectora ó proteccionista*. Así, el trabajo estuvo considerado en los tiempos antiguos como una ocupación vil y confiada á los esclavos, en los siglos medios, transformado en la servidumbre de la gleba, y en los tiempos posteriores sujeto al régimen de los gremios ó asociaciones, que le regulaban y ponían trabas. Emancipado el trabajo en épocas posteriores, y habiendo desaparecido la diferencia entre oficios viles y los que no lo son, parece que la consecuencia natural sea la de la libertad del cambio, cuestión que se agita entre las dos escuelas económicas.

Las escuelas socialistas y comunistas han pretendido resolver el problema que en las sociedades modernas se agita respecto á la extinción del proletariado, estableciendo la doctrina del *derecho al trabajo*, doctrina que en último término es la negación de su libertad; porque, en efecto, si hay derecho para exigirle, es decir, si el individuo tiene un derecho al trabajo con relación al Estado, en el sentido de que éste debe suministrarle objetos del mismo, resultará que desaparece toda idea de libertad en el mismo. No corresponde á la misión, ni está en las atribuciones del Estado, el organizar el trabajo, si por esto se entiende que debe emprender y dirigir por sí mismo todos los trabajos, transformando los talleres privados en talleres nacionales. Semejante administración del trabajo social con-

duciría no sólo al despotismo más absoluto, sino que dificultaría todo progreso, negando la libertad y la espontaneidad. El trabajo social, por consiguiente, debe fundarse en la asociación libre y voluntaria, estendiéndose cada vez más á todos los ramos de la actividad humana.

Pero si no se puede menos de rechazar la doctrina socialista del derecho al trabajo, podemos sí admitir la del *derecho del trabajo*, que consiste en que el hombre pueda encontrar en la sociedad los medios necesarios para adquirir la *aptitud* del trabajo, y además objetos ó medios de trabajo. De aquí la necesidad de la instrucción general y de las escuelas profesionales, y de que el Estado, sin tratar de organizar el trabajo privado, como antes hemos dicho, promueva trabajos públicos de interés general que puedan venir en auxilio de los trabajadores en las crisis comerciales y rentísticas que ocasionan falta de trabajo. Bajo el punto de vista social, la teoría del derecho al trabajo comprende el conjunto de medidas que puede tomar el Estado para establecer la justicia de las relaciones que median entre las diversas partes que concurren al trabajo. El derecho del trabajo no está, sin embargo, suficientemente respetado todavía en las industrias que obran sobre el hombre, como lo son el comercio y el crédito, pues imponiéndose restricciones á las mismas, se dificulta que el hombre pueda encontrar en ellas todos los medios necesarios que le ofrecen el vasto campo de estas dos formas del trabajo.

II.

La tercera cualidad fundamental, ó facultad de Derecho, que hemos dicho que se deriva de la personalidad humana, considerada bajo el punto de vista social, es la sociabilidad ó facultad de asociación, palabra que hemos creído más exacta que la de fraternidad, porque la primera expresa la desigualdad de condiciones, al paso que la segunda sólo puede considerarse como un estado de la primera y expresa más bien una relación moral. La sociabilidad es, lo mismo que la igualdad, la expresión de la unidad del género humano, porque teniendo todos los hombres la misma naturaleza, y por consiguiente el mismo destino, ha de haber entre sí muchos motivos de relación continua; además, cada objeto de la vida humana supone, para su realización, la realización de los demás y como, por otra parte, cada uno ofrece un campo á la actividad humana para que pueda llenarle un solo individuo, es preciso, por el principio de la división del trabajo, que los hombres se reúnan para conseguir unidos lo que sus fuerzas aisladas no pueden conseguir. Hé aquí, pues, el fundamento de la asociación.

Que el hombre es social por su naturaleza, puede demostrarse, no sólo consultando su parte física, sino su parte intelectual. Ya hemos dicho anteriormente que no podía admitirse la existencia de ese supuesto estado natural primitivo, al menos en el sentido que lo habían hecho algunos escritores. El hombre se diferencia del animal, bajo este punto de vista, en que éste puede verificar su desarrollo completo sin necesidad de la asociación, ó todo lo más necesita en los primeros días de su existencia la asociación de sus padres, al paso que el hombre apenas puede concebirse separado de la madre hasta los ocho años; con dificultad llegan la mitad de los individuos hasta esta edad, y una vez en ella, todavía necesitan por muchos años la vigilante protección de los padres. Considerado como ser físico, es en los primeros años de su existencia el hombre el ser más débil; y sin los cuidados y los medios que la existencia de la sociedad doméstica le proporciona, perecería seguramente.

Esto en cuanto á la parte física del hombre; pero si consultamos su parte intelectual, veremos que la idea de sociabilidad sólo puede desaparecer en él cuando desaparece su razón. Diferenciase también bajo este punto de vista del animal, en que éste se halla reducido á su propia individualidad y no busca más que la satisfacción inmediata de las necesidades que experimenta, mientras que el hombre en todas sus acciones se propone un fin, y puede comprender en su inteligencia todas las relaciones que existen entre los seres racionales, entre el hombre y el resto del mundo. Por esto nace la idea de asociación, que no es más que « la reunión de dos ó más personas para la realización de un fin. » Demuéstrase también la sociabilidad como una condición inherente á la naturaleza humana por el *instinto de simpatía*, de afecto y de amor, que sin excluir las relaciones con los demás seres nuestros semejantes, nos atrae singularmente hacia determinadas personas. Esta sociedad de amistad y de afecto es indudablemente causa de la coexistencia de las familias unidas por unos mismos lazos. El don de la palabra es, no sólo fundamento de la igualdad, como en otro lugar dejamos expuesto, sino prueba inequívoca de la sociabilidad, toda vez que su falta destruye los lazos de comunidad que existen entre los diferentes hombres; y del mismo modo el principio de la perfectibilidad humana, que se realiza merced al esfuerzo reunido de los hombres constituidos en sociedad.

(Se continuará)

LA RACE LATINE

JOURNAL INTERNATIONAL

Cette revue tirée à un grand nombre d'exemplaires, est imprimée à Madrid dans l'un des premiers établissements typographiques espagnols et paraît tous les quinze jours avec la collaboration des écrivains les plus distingués de l'Europe Latine.

PRIX D'ABONNEMENT

Espagne.	un an.	200 reaux.	Portugal.	un an.	2 livres sterling.
France.	»	50 francs.	Italie.	»	50 liras.
Belgique.	»	50 francs.	Amérique.	»	20 pesos.

ON S'ABONNE EN ESPAGNE

A MADRID
Bureau central, 4, rue de Serrano.
Librairie Bailly-Baillière.
Librairie Durand.

Palma.—Librairie de D. Pedro José Gelabert.
Barcelona.—Juan Oliveres.
Sevilla.—Hijos de Fé.
Málaga.—Francisco Moya.

Bilbao.—Viuda de Delmas.
Zaragoza.—Viuda de Heredia.
Cádiz.—Verdugo, Morillas y Compañía.
San Sebastian.—Manuel Aramburu.

Les annonces sont reçues en Europe pour trois mois.

ON S'ABONNE A L'ETRANGER

A Paris. A la Caisse Générale d'abonnements, dirigée par M. Khan, 53, rue Lafayette.
A Lyon, chez Mr. CONCHON, rue Mulet, 9, et rue Bat d'Argent, 10.
A Marseille, chez MM. Arrau, rue des Feuillants, 1.—Camoin, rue de la Cannebière, 1.—Chusin, B^d du Musée, 16.—Millaud, rue de Noailles, 13.
A Bordeaux, chez Mr. Fouraignan, Place de la Comédie, 3.
Au Havre, chez Mr. Aubert Benard.
A Londres, chez Childey et Cortazar, 71 Store Street.

A Bruxelles, chez MM. Deq et Duent, office de publicité, 39, rue Montagne de la cour.
A Anvers, chez Mr. Kornicher.
A Amsterdam, chez Mr. Van Bokkens.
A la Haye, chez MM. les héritiers Doorman.
A Rome, chez Mr. Merlé.
A Turin, chez MM. Bocca, freres.
A Florence, chez M. Jrouhaud.
A Naples, chez Mr. Dura.
A Milan, chez MM. Dumolard, freres.
A Lisbonne, chez Mr. Silva Junior.
A Oporto, chez Mr. Gomez, successeur de Moré.

CORRESPONSALES EN ULTRAMAR

ISLA DE CUBA.
Habana.—La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.
Guines.—D. Ramon de Cabrera.
Matanzas.—Señores Sanchez y Compañía, y Don Juan F. Balloqui, calle de Gelaberto número 42.
Cienfuegos.—D. Juan A. Gutierrez.
Cuba.—D. Juan Perez Dubrull.
Caibarien.—D. Hipólito Escobar.
Santa Clara.—D. Manuel Doport.
Moron.—D. Sebastian Delgado.
Cárdenas.—D. Alejandro Laga.
Sagua.—D. Pedro Pazo.
Union de Reyes.—D. José M.^a Otero.
Colon.—D. José M.^a Prieto.
Puerto Príncipe.—D. Miguel Acosta Barañan.
Baracoa.—D. Luis Argues.
Gibara.—D. Gregorio Vega y D. Nicolas de Mena.
Sancti-Spiritus.—Don Carlos Ergueta.
Holguin.—D. Bernardo Manduley.
Nuevitas.—D. Miguel Nuñez.
Nueva Paz.—D. Enrique Petit.
Trinidad.—D. Eugenio Camino.
Cuanajay.—D. Pedro Chacon.
Cuanabacoa.—D. José M.^a Prieto.
Santiago de las Vegas.—D. Feliciano Estenor.
Batabanó.—D. Antonio Fonseca.
Sumidero.—D. José García Alonso.
Cifuentes.—D. Evaristo Prieto.
Pinar del Río.—D. Deogracias Gil.

Consolacion del Sur.—Sres. Rodriguez y Fernandez.
Santa Isabel de las Lojas.—D. Santiago Migoyo Jiquant.—D. Santiago Barandiarán.
Guantánamo.—D. Juan Anguer Freixas.
PUERTO-RICO.
Capital.—D. José María Sanchez.
Arroyo.—D. Isidro Coca.
SANTO DOMINGO.
Capital.—D. Joaquin Machado.
Puerto-Plata.—D. Miguel Malagón.
FILIPINAS.
Manila.—D. José Villeta.
Celestino Miralles, agentes generales, con quienes se entienden los de los demas puntos del Asia.
SAN THOMAS.
Capital.—D. Luis Guasp.
Curacao.—D. Juan Blasini.
MÉJICO.
Capital.—D. Juan Buxó y Compañía.
Veracruz.—D. Manuel Ochoa.
Tampico.—D. Antonio Gutierrez Victory.
Mérida.—D. Rodolfo G. Canton.
Matatlan.—D. Francisco Echeguren.
Puebla.—D. Emilio Lezama.
Campeche.—D. Joaquin Ramos Quintana.
VENEZUELA
Caracas.—D. Martin J. Larraide.
Puerto-Cabello.—D. Juan A. Segrestán.

La Guaira.—Señores Salas y Montemayor.
Maracaybo.—Sr. D'Empaire, hijo.
Ciudad Bolívar.—D. Serapio Figuera.
Carapano.—D. Juan Orsini.
Barcelona.—D. Martin Hernandez.
Maturin.—M. Philippe Beauperrthuy.
Valencia.—Señores Jayme Pagés y Compañía.
Coro.—D. J. Thielén.
Cerro de S. Antonio.—Sr. Castro Viola.
CENTRO AMÉRICA.
Guatemala.—D. Ricardo Escardille.
Norberto Zinza.
San Salvador.—Señores Reyes Arrieta.
San Miguel.—D. Joaquin P. Guzman.
Manuel Soto.
Tegucigalpa.—D. Manuel Sequeiros.
Chinandega (Nicaragua).—D. Isidro Gomez.
San Juan del Norte.—D. Emilio de Thomas.
Cononante.—D. Joaquin Mathé.
Rivas.—D. José N. Bendaña.
Granada.—D. Zacarias Guerrero.
San José de Costa Rica.—D. Guillermo Molina.
Casto Gomez.
Belise.—D. José María Martinez.
ECUADOR.
Guayaquil.—D. Antonio de La Mota.
NUEVA GRANADA.
Bogotá.—D. Lázaro María Perez.
Santa Marta.—D. Martín Vergara.
Cartagena.—Señores Macias é hijo.
Panamá.—D. José María Aleman.
Colon.—D. Matias Villaverde.
Medellín.—D. Juan J. Molina.

Mompós.—Sres. Ribou y hermanos.
Pasto.—D. Abel Torres.
Subanaldaga.—D. José Martín Tatis.
Sincelajo.—D. Gregorio Blanco.
Barranquilla.—Sres. E. P. Pellet y Compañía.
PERÚ.
Lima.—Sres. Redactores de la Nacion.
Arequipa.—D. Manuel de G. Castresana.
Iquique.—D. Benigno G. Posada.
Punó.—D. Francisco Laudaela.
Tacna.—D. Francisco Calvet.
Trujillo.—Sres. Valle y Castillo.
Callao.—Sres. Colville, Danwson y Compañía.
Arica.—D. Carlos Eulert.
Piura.—M. E. de Lapeyrouse y Compañía.
BOLIVIA.
La Paz.—D. José Herrero.
Cobija.—Sres. Aguirre—Zavala y Compañía.
Cochabamba.—Doña Benedicta Reyes de Santos.
Potosí.—D. Adolfo Durrels.
Oruro.—D. José Cárcamo.
CHILE.
Santiago.—D. Augusto Reynond.
Valparaíso.—D. Nicasio Exquerra.
Copiapó.—Señores Rosello hermanos.
La Serena.—Señores Alfonso hermanos.
Huasco.—D. Juan E. Carneiro.
Concepcion.—D. José M. Serrate.
Santa Ana.—D. José María Vides.
ESTADOS-UNIDOS.
Nueva-York.—M. Echeverría y Compañía.

S. Francisco de California.—M. H. Payot.
Nueva Orleans.—M. Victor Hebert.
PLATA.
Buenos-Aires.—D. Narciso Cepedano.
Catamarca.—D. Mardoqueo Molina.
Córdoba.—D. Pedro Rivas.
Corrientes.—D. Emilio Vigil.
Purand.—D. Cayetano Ripoll.
Rosario.—D. Andres Gonzalez.
Salta.—D. Sergio Garcia.
Santa Fe.—D. Remigio Perez.
Tucuman.—D. Camilo Caballero.
Guaileguaychú.—D. José María Nuñez.
Peysandú.—D. Miguel Horta.
Mercedes.—D. Serafin de Rivas.
BRASIL.
Rio-Janeiro.—D. M. D. Villalba.
Rio grande do Sur.—N. J. Torres Crebuet.
PARAGUAY.
Asuncion.—D. Isidoro Recalde.
URUGUAY.
Montevideo.—Señores A. Barreiro y Compañía.
D. Hipólito Real y Prado.
Salto Oriental.—Señores Morillo y Gozalbo.
Colonía de Sacramento.—D. José Murtagh.
Artigas.—D. Santiago Osoro.
GUYANA INGLESA.
Demerara.—MM. Rose Duff y Compañía.
TRINIDAD.
Trinidad.—MM. Geroldiote, Urien.